J. ANDRES DE PRADA

Muñecas de papel

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

MUÑECAS DE PAPEL

MUÑECAS DE PAPEL

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

J. ANDRES DE PRADA

Estrenada en el ODEÓN de Madrid, el 14 de Enero de 1918



MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

A Celia Ortiz,

que puso en estas Muñecas toda su alma de artista y su corazón de mujer, en homenaje de todas mis admiraciones.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LAURA	Celia Ortiz.
MANOLONA	Irene Alba.
MARQUESA DE ALTASIERRA	Dolores Soriano.
ISABEL	Carmen Díaz.
DOÑA CAROLINA	María Santoncha.
PEPITA	Purita Mareca.
MARÍA LUISA	Antonia Pérez Boira.
DONCELLA	Encarnación Díaz.
ALVARO	Ricardo Puga.
MARQUÉS DE ALTASIERRA	Ramiro de la Mata.
YOKO-HITO	Alberto Romea.
CANALES	Nicolás Perchicot.
JAIME	Manuel Somera.
MARIANO	Ramón Ginestal.
JOSÉ	Aniceto Alemán.
CRIADO	Juan Fernández.

EPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

Salón en un viejo palacio señorial. Cuadros antiguos con retratos de época. Tapices en las puertas laterales y en el arco del fondo sobre el que campea un escudo nobiliario. Tanto en los muebles como en los adornos un cuidadoso respeto a la tradición. En el foro derecha, ventanal de cristales, y tras él, con plena luz de sol, forillo de jardín.

—

(En escena LAURA e ISABEL. Esta en traje de calle, de mañana. Charlan animadamente. Laura, aun en sus veintiún años, conserva una dulce timidez de colegiala.)

Laura ¿Y no eres feliz?

Isabel No; como creía serlo, no. Ya sé que tú, que a pesar del mes y medio que llevas en tu casa y en sociedad, vives y piensas aún en colegiala tímida y modosita, has de asombrarte de esta afirmación mía. Yo no quiero a mi marido.

Laura ¡Isabel!

Isabel ¿No lo dije? Pues prepárate a seguir en asombro: él no me quiere tampoco a mí.

Laura ¿Es posible?

Isabel Es verdad. Fué una locura, una verdadera locura casarnos tan pronto. Ya ves tú, yo tenía diecisiete años y él dicinueve, ¡dos chiquillos! No sabíamos de la vida otra cosa sino que era amable y nos sonreía. Yo dejé mis muñecas para vestirme de largo y me vestí de largo para ir al altar. No tuve ni aun tiempo para acostumbrarme a la idea de que era ya mujer. Figúrate, que aun des-

pués de casada, muchas mañanas, torpe en el modo de arreglarme el peinado, me dejaba la trenza y con ella recibía a Mariano cuando volvía del Ministerio.

Laura ¿Y por qué no esperasteis?

Isabel Ese hubiera sido nuestro acierto, pero no supimos. Fíjate en que no digo «no pudimos», que hubo maliciosos que en aquella boda precipitada y violenta creyeron ver lo que no existía; lo que de haber existido no le hubiera yo dado jamás esa solución.

Laura ¿Qué dices?

Isabel Prevenirte por lo que pudiera haber llegado a tus oídos.

Laura ¡Isabel!

Isabel Hay mucha gente mala. Nos casamos por ilusión, una ilusión de chiquillos. Bueno, también influyó en ello la muerte de mamá y lo que se decía de que papá iba a casarse de nuevo, apenas transcurrido el luto. Y lo cierto es que ahora, en plena vida, yo con veintitrés años y él con veinticinco, cuando se debe empezar a querer vivir, tenemos ¡seis hijos! ¡seis! y el mayor está hecho un hombrecito.

Laura Como que está altísimo, hija.

Isabel Pues no me atrevo a ponerle pantaloncillos, es una vergüenza para mí. Ya ves, yo que de niña tenía el afán de vestir a las muñecas con unas colas muy largas para que pareciesen mujercitas a mi lado, no puedo, no quiero, de mujer, ponerle pantalones al mayor de mis muñecos por temor a que parezca demasiado hombre.

Laura ¿Y Mariano lo sabe?

Isabel El no se ocupa para nada de las cosas d casa. Trasnocha, no viene a comer ni a cenar. Yo al principio le recriminaba, le lloraba, le suplicaba y le convencía. Ahora, cuando después de dos o tres o cuatro días viene a casa, si me atrevo a reprocharle su conducta, tiene por toda respuesta la de decirme: Necesito vivir, me he esclavizado demasiado pronto.

Laura Bah, eso se le pasará. Mira, yo rezo todas las noches a la Virgen del colegio, una virgencita del Carmen que jamás me ha negado nada. Desde hoy voy a pedirle por vos-

otros: por él y por ti. Ya verás como vuelve a tu lado y sois dichosos.

Isabel — Sí, sí, pero por si acaso, no te digo más que una cosa: antes de casarte procura vivir bien la vida; después, tiempo te queda para no vivirla.

Laura — Chist, me parece que vienen.

Isabel — Sí, es Mariano. Se le debe hacer larga la visita. De seguro que trae el pretexto bien pensado para no almorzar hoy en casa.

Laura — Bobadas; todo eso son bobadas. Ya verás como mi virgencita te hace feliz.

Isabel — Tú pídeselo, porque como ella no lo consiga ¡qué sé yo!

Laura — ¿Qué piensas?

Isabel — Nada.

Laura — No, sí; si lo has dicho de un modo...

Isabel — Nada, tonta, nada.

(Por derecha salen MARIANO y el MARQUES, éste también en traje de casa. Es el tipo del verdadero aristócrata, cincuentón, pero erguido. Mariano es un muchacho de veinticinco años.)

Mar. — Descuide usted, Marqués, ahora mismo le hablaré a Zavala y hecho. (A Isabel.) ¿Te quedas o vienes?

Laura — Quédate a almorzar.

Isabel — No, te lo agradezco; lo hacemos en casa por los chicos. ¡Cualquiera sujeta a aquella tropa! Además, hoy tiene Mariano uno de sus platos favoritos.

Laura — Entonces no insisto.

Mar. — Puedes quedarte si quieres. Yo le diré a Antonia que dé el almuerzo a los niños.

Isabel — ¿Y tú?

Mar. — Tengo que hacer. Almorzaré en el Club. Es un asunto del Marqués.

Isabel — (Aparte a Laura.) ¿Lo ves?

Laura — (A Isabel.) Pero ya oyes, es una cosa que papá le ha encargado.

Isabel — Si no hubiera sido eso hubiera sido otro pretexto. Te digo que...

Mar. — Desde el Club le telefonearé a usted, marqués.

Marq. — Mil gracias.

Mar. — ¿Vámonos? Te dejaré en casa.

Isabel — Como quieras. (Despidiéndose.) Laura.

Laura — (Besándola.) Que vengas más a menudo.

Isabel — Adios, tío.

Marq. Adiós, hijita.
Isabel Despídeme de la tía Carmen.
Mar. Adiós, primita. Cada día más guapa, ¿eh?
Laura Calla, adulador, y procura que no sea muy larga la sobremesa. La pobre Isabel no debe estar sola mucho tiempo.
Mar. Ya se distrae con los chicos. Adiós.
Isabel Adiós.

(Vanse por foro. El Marqués se sienta y junto a él Laura.)

Marq. ¿Qué te decía la prima Isabel?
Laura Sus cosas.
Marq. Parece que el matrimonio no se lleva todo lo bien que debieran.
Laura Isabel y Mariano se quieren.
Marq. Y sin embargo se aburren.
Laura Aburrirse no, papá. Mariano tiene muchos negocios e Isabel tiene bastante con sus chicos para distraerse. Lo que pasa es que a puro felices, quieren buscar un motivo de no serlo. Yo le tengo miedo a la mucha felicidad por lo mismo. Creo, como dice uno de los libros que Sor Angustias nos daba a leer en el colegio, que si fuéramos en la vida eternamente felices, seríamos eternamente desgraciados. Hay que poner algún dolor, alguna inquietud, alguna pena sobre la dicha para que al volver a nosotros la saboreemos mejor.
Marq. Y tú, ¿eres demasiado feliz?
Laura Ahora, sí. Antes también lo era, en el colegio, con las madres. Y cuando al verme las otras niñas, tan mayor ya, me decían:—Tú vas a quedarte aquí para siempre,—yo, que era tan dichosa en aquella casa, para no serlo en absoluto, pensaba: No, no me quedaré aquí siempre, que un día, quizás hoy o mañana, vendrá papá y me dirá:—La señorita ha terminado el encierro—Y en esa idea encontraba la pena que al llegar mañana y no venir vosotros me había de proporcionar la alegría de seguir allí.
Marq. De modo que por tu gusto no hubieras vuelto a casa.
Laura Sí, ya lo creo; hubiera vuelto, y pensaba que al volver sería tan feliz como lo soy.
Marq. ¿Lo dices de todo corazón?
Laura No he mentido nunca. Esta casa tiene para

mí los recuerdos más santos de mi vida. Vosotros me habéis hecho amarla aun no viviendo en ella muchos años. Aquí naciste tú, nació tu madre, nacieron tus abuelos y tus bisabuelos; por ese huerto correteabas de pequeño; en ese cuarto murió el abuelito, aquel abuelito que te sentaba en sus rodillas y te contaba cuentos y te regalaba dulces, y luego, como un orgullo, me decíais: En ese sillón de la sala se sentó el rey Fernando cuando honró esta casa visitando a tu bisabuelo el primer marqués de Altasierra. Y en estos salones, cuando la boda de doña Isabel y don Francisco, se alojó, haciéndonos tan alta merced, nada menos que su Alteza el Príncipe Alejandro. Yo decía todo eso a mis amigas del colegio y me oían embobadas como si les narrase un cuento; y el orgullo de tanto honor, unido á la nostalgia de tantos recuerdos del corazón, me hacían venerar más esta casa, que para mí, como para vosotros, es más que una casa un santuario. Ya ves si estaría deseosa de volver a ella y si seré feliz sabiendo que en ella estoy y que ya de ella no he de salir más.

Marq. Te oigo, hija mía, con un gozo tan hondo, tan hondo... (Abate la cabeza entre las manos.)

Laura ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Por qué has escondido los ojos entre las manos como si quisieras llorar y ocultarme que lloras?

Marq. Nada, no tengo nada. Ha sido... eso que has dicho antes, la carga de los recuerdos que pesan mucho sobre una cabeza que ya blanquea. ¿Nos quieres mucho a tu madre y a mí?

Laura Con toda mi alma. ¡Qué pregunta! ¡Que si os quiero!

Marq. Y obedecerás en todo, absolutamente en todo, nuestro mandato, mejor dicho nuestro consejo.

Laura En todo, pero ..

(Por foro un CRIADO con una tarjeta en la bandeja.)

Criado Señor.

Marq. ¿Qué pasa?

Criado Estas señoras desean saludar a la señorita.

(Laura lee la tarjeta.)

Laura ¡Ay, mira, papá, doña Carolina con María Luisa y Pepita!

Marq. Que pasen. (Levantándose.)

Laura ¿Te vas tú?

Marq. Sí; esa señora, con su charla exagerada, me molesta. Además, vendrá con ellas el papá, un señor sin sentido común. Sé breve. Ya debe estar al llegar tu madre, y es justo que después de tantos años, nos dediques todas tus horas.

Laura Como quieras.

Marq. Diles que he salido.

Laura Como quieras también.

(Vase Marqués por derecha. Por foro DOÑA CAROLINA, MARIA LUISA, PEPITA y CANALES. Doña Carolina y María Luisa viste severamente tonos oscuros. Pepita, traje blanco, y lleva una raqueta de «tennis» envuelta en papel. Canales, con traje más pardo que negro y algo anticuado.)

Car. Dirás que somos unas ingratas.

Pep. ¿Cómo estás?

Laura (Besándolas.) Doña Carolina, María Luisa. ¡Qué alta estás, Pepita, qué atrocidad!

María ¿Y tú?

Laura Contentísima de veros. ¿Y usted, Canales?

Can. Como siempre, Laurita.

Laura Siéntense. Vosotras aquí, cerca de mí. ¡Tanto tiempo sin vernos!

Car. Ibamos a venir antes. Todos los días hemos hecho la intención de venir, pero Canales con sus achaques nos estropea todas las combinaciones. Luego yo, con las conferencias, las juntas, las asociaciones. Hay dos, sobre todo dos, que me dan extraordinariamente que hacer. La «Asociación de jóvenes abandonadas, desvalidas y descarriadas...» y la «Junta de señoras de buena clase en pró de colocación a solteras y viudas que carezcan de ella.» Luego las conferencias de Santa Genoveva y San Lucas, los martes de San Expedito, los viernes de la Santa Espina, las visitas dominicales a la Arganzuela y las meditaciones vespertinas en casa del padre Coll; te digo, hija, que no me queda ni una hora libre. Gracias a Canales, que como no sale de casa dispone las comidas y cuida de las criadas, que si no...

Laura Vaya, vaya. Pero, ¿y vosotras?

Car. ¿Estas? Mira, a María Luisa le he conseguido la secretaría de la «Protección a huérfa-

nos menores de diez años» y no puedes imaginarte la de huérfanos sin padre que desfilan por casa cada día. Hemos tenido que habilitar un cuarto para despacho de María Luisa. A Pepita no le da por ahí. Esta, en sacándola del *tennis,* del *golfo* y del *foot-ball,* es cosa perdida. Ahí la tienes, como una estatua. No se anima más que cuando le dan o da un pelotazo. Eso sí, se nos está desarrollando casi hercúlea. Enséñale los *bicepes* a Laura, Pepita.

Pep. ¡Mamá!

Can. ¡Mujer!

Car. Tú te callas, Canales. ¿Y tu papá? ¿Y la Marquesa?

Laura Han salido: no tardarán.

Car. Nosotras hemos salido también a hacer unas compras y hemos aprovechado el momento para subir. Pepita necesitaba unas raquetas...

Pep. En el match de ayer rompí dos.

Car. Luego unos específicos para Canales.

Can. Y para ti.

Car. Lo mío es una niñada. La Emulsión de Scote, se la pedí al médico y me dijo que podía tomarla impunemente.

Can. Que era cosa de la infancia, pero que vamos, no te sentaría mal.

Car. ¡¡Canales!!

Laura ¿Y tú qué me dices, María Luisa?

Car. Qué ha de decirte la pobre, que está ocupadísima. Ahora viene de una visita domiciliaria. Dos huérfanos que no lo son, pero que puede decirse que lo son. Vive el padre, un perdido que no vive con ellos ni se ocupa de ellos. La madre no sabemos quién es. Te digo que...

María Es una tristeza la vida.

Pep. Yo compadezco a esos niños y a mi hermana que se pasa las horas oyendo contar calamidades.

Can. Yo compadezco a los niños y a los padres de los niños.

Car. ¿Qué dices, Canales? Desvarías.

Can. No, Carolina, hablo en sano juicio. A los niños porque sobre su desgracia de ser huérfanos o abandonados, tienen la de caer en vuestras redes de caridad, y a los padres,

porque sobre su remordimiento tienen la mayor desgracia aún de caer entre vuestras lenguas.

Car. ¡Canales!

Can. Déjame, mujer, alguna vez había de pensar en algo más importante que el punto del arroz o el barrido de la sala. ¿No opina usted lo mismo, Laurita?

Car. No, no opina así, ni tú tampoco opinas así; confiésalo, confiésalo, Canales, que no opinas así.

Can. (Aparte.) Me va a dejar sin postre si no me retracto. (Alto.) Sí, tienes razón, tienes razón. (Por izquierda ALVARO, con unos papeles en la mano.)

Alv. Ah... perdonen ustedes, creí que...

Laura (Al ver que se marcha.) No, no se vaya, pase, pase. (Presentando.) Los señores de Canales, sus hijas, María Luisa y Pepita. Don Alvaro Ríos.

Alv. Sin el don, Laura.

Laura Pues bien. Alvaro Ríos, amigo de papá, secretario político del señor Serrano Ariza, el exministro.

Car. Tantísimo gusto. (Mirándole fijamente con los impertinentes.)

Laura ¿Venía usted a ver a...?

Alv. A su papá; me habían dicho que estaba aquí, con usted...

Laura (Un poco turbaba.) Ha salido... no tardará... puede que haya vuelto. Pase usted a su despacho.

Can. (Aparte a Carolina.) El papá estaba en casa y no ha querido recibirnos.

Car. (Pellizcándole con disimulo.) No seas imprudente. Ya lo sabía.

Alv. Entonces, con permiso de ustedes. Y perdone usted, Laura, ha sido una imprudencia la mía, tal vez...

Laura No, nada de eso. (Dándole la mano.) Hasta luego. (Saluda. Alvaro vase por la derecha. Laura le sigue con la vista. Canales tose.)

Can. ¡Carolina! (Aparte a Carolina.)

Car. ¡Ejem!

Laura Lleva dos semanas que casi viene a diario. Asuntos de papá y Serrano Ariza.

María Es muy simpático, ¿verdad?

Car. Y además un excelente partido, no porque

sea rico, ¿eh? porque creo que apenas tiene el sueldecillo que le da Serrano, sino por sus condiciones morales. Ya ves, mantiene a su madre, a dos hermanitos pequeños...

Laura Ah, pero ¿usted le conoce?

Car. A él precisamente no, pero por la intervención de su madre en una de las juntas que vicepresido estoy en el secreto de su vida. Es un buen chico. Lo afirmo. Enhorabuena, Laura.

Laura ¿A mí?

Car. Lo hemos adivinado.

Laura ¿Adivinar? ¿El qué?

Car. Nada. (Levantándose.) Niñas, vamos.

Pep. (Levantándose.) Cuando quieras.

Laura Me dejan ustedes interesada de curiosidad.

Can. Consuélate conque es mayor la que nos llevamos nosotras.

Laura Pero, ¿de qué? ¿por qué?

Can. Si hubiéramos comido, yo se lo diría a usted, pero antes de comer no me atrevo a disgustar a Carolina.

Car. Este Canales tiene unas ocurrencias... (Aparte a Canales.) Imprudente.

Can. (Aparte.) Vuelve a peligrar el postre.

Car. Bueno, lo dicho, ¿eh? Encantadas de verte tan guapa y tan contenta. Da un beso a tu mamá y muchos saludos al Marqués.

Laura Adios, doña Carolina. Y vosotras venir a pasar una tarde conmigo. Debéis tener muchas cosas que contar.

Can. Tienen, tienen bastantes. Ya se las dirán un día que no venga Carolina. Donde ella está, nadie habla.

Car. Más que tú.

Pep. ¿Juegas al tennis?

Laura Muy mal, soy muy torpe.

Pep. Te desafío.

Laura ¿No has oído que soy muy torpe?

María A ver a mis huerfanitos sí vendrás un día, ¿verdad?

Laura Me dan mucha pena, pero iré.

María Cuando quieras; yo no salgo de casa nunca.

Laura Pues iré mañana a las tres, ¿estaréis?

Pep. Yo no. A mí, fuera de las horas de comer, y eso cuando no como en el golf...

Can. Estas hijas mías son un encanto. ¡Qué unidad de pensamiento!

Car. Yendo contra el tuyo acertarán siempre. Y vámonos de una vez, que llevamos media hora de pie. Conque lo dicho, ¿eh? Cuando eso tome visos de formalidad... ya sabes... Ahora que debes pensarlo mucho... mucho. Es buen chico, pero... Yo siempre se lo digo a éstas. Pupila, pupila y pupila. ¡Porque se ve cada cosa y cada casa por ahí que...! Bueno, adiós, Laurita, adiós.

Laura Adiós, Carolina.

María Que vengas mañana.

Laura A las tres o tres y media.

Pep. Si queréis luego llegaros al Golf, allí os espero.

Laura Ya veremos.

Can. Laurita, tantas cosas a los papás.

Laura Sentirán mucho no haberles visto.

Car. Y repito la enhorabuena y ya lo sabes. Pupila, pupila. No, no te molestes en acompañarnos, sabemos el camino. Niñas, vamos. Bueno, lo dicho, ¿eh?, lo dicho. Niñas, vamos, que se ponen ustedes a hablar y no acaban nunca. Adiós, ¿eh? Adiós, Laurita, adiós, adiós. Y... (Llevándose el índice a los labios. Vanse por foro izquierda.)

(MANOLONA, vieja criada de la casa, ama que fué de la Marquesa. Pelo completamente blanco, cara arrugadita, un poco encorvada por el peso de sus años, pero fuerte aún. Queda junto a la puerta por donde salió mirando fijamente a Laura que desde la del foro despide con la mano a los que acaban de salir. Al volver al centro de la escena dice:)

Man. ¿Te han dejado ya?

Laura ¿Y papá?

Man. Con ese mocito. Estas señoras tan impertinentes no debían salir nunca de sus casas.

Laura Tienes razón: me han dado un rato...

Man. Ya lo he oido.

Laura ¡Jesús!

Man. Pero oye, oye; ¿también a tu viejecita le vas a esconder el corazón?

Laura ¿Qué dices, Manolona?

Man. Conque... ¿ya llegó el galán? Allá en mis tiempos, cuando yo criaba a tu madre, se contaba un romance muy bonito a propósito del primer amorío. La música se me ha olvidado ya. ¡Hace tantos años! Pero el romance, me parece, me parece que era así:

Bien venido sea el galán
que llega, niña, a tu reja,
si al venir es su intención
como su apostura, buena.
Bienvenido el caballero
que hasta tu ventana llega;
dale tú la bienvenida,
niña, que el galán la espera.
Y que os dé suerte el destino
y que la suerte os proteja,
que en amor la necesita
quien todo lo fía en ella.
Bienvenido sea el galán
que amores dirá en tu reja,
si al decirlos, su intención,
como su postura es buena.

Laura Pero no sé a qué viene todo eso.

Man. ¡Don Alvaro!

Laura ¡Manolona!

Man. Dime que no me engaño.

Laura Te engañas.

Man. Dime que ya te dijo...

Laura Nada, te lo juro.

Man. Júrame también que no te gusta el mozo.

Laura ¡Pero qué cosas dices!

Man. Júramelo... ¿no lo juras? ¡Ves tú! ¡Ves tú!

Laura Oye, ¿cómo has dicho que acaba ese romance?

Man. (Con regocijo.)
Bienvenido sea el galán
que amores dirá en tu reja...

Laura (Interrumpiéndola.)
si al decirlos, su intención,
como su apostura, es buena.

Man. ¿Ya lo aprendiste?

Laura Sí, Manolona, viejecita mía, no puedo engañarte. Ni él, ni yo nos hemos dicho nada, quizás no nos lo digamos nunca, quizás él no piense como yo, pero a mí me es muy simpático, muy simpático.

Man. ¡Y querías ocultármelo!

Laura Pero no digas nada a papá ni a nadie. ¿Lo harás?

Man. Tú misma has de descubrirte.

Laura No.

Man. ¡Digo, si sabré yo lo parlanchín que es el cariño! Pero el señor y la señora deben saber-

lo. No has de hacer nada sin que ellos te aconsejen.

Laura En eso ya estaba, Manolona, que bien sabes que en esta casa todos nos hemos criado así. Y ante todo y sobre todo, la voluntad de papá; pero deja siquiera que él se decida a hablar.

Man. Y cuéntame, cuéntame, ¿cómo fué?

Laura ¿Cómo quieres que fuera? Como creo yo que deben ser estas cosas. Una mañana, la primera que vino a casa... (Dentro se siente por derecha rumor de conversación.) ¡Chist, que vienen! Vámonos.

Man. ¡Ay amor, amor, ¡que han de pasar los años y tú siempre has de ser el mismo!

Laura (Abrazándose a ella.) La primera vez que le vi, Manolona, qué se yo; pero me pareció que el corazón...

(Vanse por izquierda. Por derecha el MARQUES y ALVARO.)

Alv. Temí ser indiscreto delante de la Marquesa y por ella no dije a usted que el señor Serrano Ariza, antes de salir mañana para Roma, desea conocer definitivamente la opinión del señor Marqués y sobre todo la de su hija.

Marq. No era indiscreción, amigo mío, que mi mujer oyese lo que en nombre de Serrano Ariza me dice usted. Tanto, que yo le suplico que espere un momento y, antes de oir la mía, escuche la de ella. (Toca el timbre.)

Alv. Siempre a sus órdenes.

(Por foro un CRIADO.)

Marq. Avise a la señora. (Vase por derecha el Criado.) Yo sé cuanto debo, querido Alvaro, a la amistad de Serrano Ariza, de Eugenio Serrano, el camarada del Casino, el compañero de escaño en el Congreso y en el Senado; juntos nos concedieron las vitalicias, juntos hicimos la campaña política del 98; siendo ministro, cada vez que lo ha sido, he podido aceptar puestos importantes que me ofrecía, y a pesar de la diferencia de edad, porque él apenas tendrá cuarenta y siete...

Alv. Cuarenta y cinco.

Marq. Sí, eso, y yo ya voy a los sesenta; y de la diferencia de situación política, él será en breve Presidente del Consejo y yo no he po-

dido pasar de director general, hemos sido verdaderos amigos, compañeros fraternales. Yo hubiera sacrificado por él, sacrificaría, convicciones, egoismos, luchas, pero lo que ahora pretende, aun siendo muy natural, muy lógico...

(Por derecha, la MARQUESA. Viste traje negro, elegante.)

Marq.ª ¿Llamabas?

Marq. Sí; Alvaro, además de ser portador de esa credencial que pedimos para tu protegido, traía el encargo de renovar los deseos de Serrano respecto a Laura. Sale mañana para Roma y quiere saber...

Marq.ª Yo creo que en eso, ni tú ni yo podemos decir nada: es ella.

Marq. ¿Lo oye usted? Es ella. La opinión de mi mujer es la mía. Diga usted al señor Serrano que mi mujer y yo tendremos un verdadero placer en que honre nuestra mesa. Son poco más de las doce. ¿Trae usted el coche?

Alv. No.

Marq. Le pondrán el nuestro. Yo espero que usted conseguirá que acepte nuestra invitación, que queda hecha a usted.

Alv. Agradecidísimo.

Marq. Entonces... (Oprime un timbre. Sale un Criado.) El coche para el señor.

Alv. Marquesa...

Marq.ª Amigo Alvaro...

Alv. A sus órdenes, Marqués.

Marq. Hasta luego. (Saluda desde la puerta y vase.)

Marq.ª ¿He hecho mal?

Marq. No; has sido madre y señora, dos dignidades que por ser las dos del corazón, supiste mantener. Sin embargo...

Marq.ª ¿Qué? Acaba.

Marq. Vencen los plazos últimos de las hipotecas, terminan los que nos concedieron para rescatar las fincas de Granada, perdidas ya casi. Una negación más y la casa solariega de los Altasierra caerá en la ruina más espantosa.

Marq.ª ¡El escándalo!

Marq. Y lo que es peor: la miseria; no la miseria de los ricos que aún conservan lo suficiente para ser pobres: la miseria absoluta, total.

No podremos recoger ni un cuadro, ni un tapiz, y la curia, que ya entró reservadamente por la escalera de servicio de los Altasierra, lo hará por la escalera de honor y a todo honor.

Marq.ª ¡Qué vergüenza! ¡Qué escándalo! (Llora.)

Marq. Comprenderás, Ana María, que en esta situación nada resuelven unas lágrimas.

Marq.ª Y, ¿qué hago? ¿Qué quieres que haga?

Marq. ¿Has hablado a Laura?

Marq.ª No me he atrevido. ¿Por qué no lo haces tú?

Marq. Por lo mismo también. Tan cobardes somos ante el dolor de la ruina como ante el medio de salvarnos de ella. Y es que juegan a un tiempo estirpe y corazón en una casa donde pesa, tanto como el amor, el orgullo.

(Por derecha sale un CRIADO.)

Criado Señor: el señorito Mariano espera al señor en su despacho.

Marq. Está bien. Ahora voy.

(Vase el Criado.)

Marq.ª ¿Le dijiste?...

Marq. Ha debido ver a Zavala. Es la última esperanza.

Marq.ª ¿Quieres que entretanto le hable yo a Laura?

Marq. No, espérame aquí. (Vase por derecha.)

(Por izquierda MANOLONA. Viene alegre, muy alegre.)

Man. Buenos días, señora Marquesa.

Marq.ª Hola, viejecita, ¿y la niña?

Man. Dejando sin flores las macetas del jardín. Más contenta está que un pajarillo loco. Y... ¡cosas de la alegría! De verla a ella, hasta a mí me entran ganas de echar a correr por esos campos cantando y riendo también.

Marq.ª ¡Pobre vieja Manolona, qué feliz eres!

Man. Entre los felices no hay quien no lo sea. La felicidad es como un rayo de sol, cae sobre un campo y todo lo enciende, entra en una casa y todo lo alegra, y lo mismo calienta al roble viejo que al rosalito tierno; y en esta casa, sesenta años llevo, que de zagala entré a los nueve, pues siempre hubo sol en ella y sol para todos, y si alguna vez no entró por esas ventanas, fué porque la muerte las cerró; que, por lo demás, nunca hubo aquí otras penas.

Marq.ª Ahora las hay, Manolona.
Man. ¿Ahora? ¡Quiá!
Marq.ª Te digo que sí, vieja ama mía.
Man. Te digo que no, señora Marquesa de Altasierra. (Muy misteriosa.) Hoy piará un pajarillo en la casa y lo alegrará todo.
Marq.ª ¿Qué dices?
Man. Una cosa que yo sola sé, y que no la digo, ¡ea! que no la digo.
Marq.ª Pero...
Man. No te empeñes. No se empeñe doña Ana de los Carvajales y Albornoz, Marquesa de Altasierra y señora mía, que esta vez el ama Manolona, sabe más que tú y más que todos; pero no te impacientes y espera... espera.. Ya piará el pajarillo y no tardará mucho, que es pío ese del amor, que mal puede callarlo quien lo sintió en el corazón. (Vase por el foro muy alegre, muy alegre.)
Marq.ª ¡Pobre vieja! (Por derecha MARQUÉS.) ¿Qué?
Marq. Nada. Se niega también. Es inútil todo.
Marq.ª Entonces, ¿no habrá otro remedio?
Marq. No.
Marq.ª Pues sea.
Marq. Sea. (Oprime un timbre. Sale un CRIADO.) Avise a la señorita. (Vase Criado foro.) ¡Es una cobardía! ¡Es una indignidad!
Marq.ª No, Pablo, no; es una salvación.
(Hay un silencio, un profundo y largo silencio, en que ambos, unidas sus manos, se miran. Luego, separándose, se sienta la Marquesa, y el Marqués cruzados los brazos sobre el pecho, espera. Por izquierda, alegre, muy alegre también, y con una enorme brazada de flores, LAURA.)
Laura ¿Qué querías, papaíto? (Yendo a su madre.) Le tengo a usted que reñir, señora mamá ¿Qué eseso de salir de casa sin darme un beso?
Marq.ª (Besándola.) Por no despertarte.
Laura No es razón. ¿Verdad, papá, que no es razón?
Marq. Laura, escúchame; siéntate. (Lo hace un poco medrosa, junto a su madre.) Hija mía... La casa se hunde. El solar de los Altasierra, el único patrimonio que se conserva de los tiempos mejores, tu herencia de orgullo y de raza, está en ruinas. La estancia tuya en el colegio, prolongada innecesariamente cinco años, no obedecía a otra cosa que al deseo de tu madre y mío de no acercarte a la ruina an-

tes de hacer el último esfuerzo por evitarla. Ha sido inútil y ya no es posible callártelo un momento más.

Laura ¿Qué dices, papá? Mamá, ¿qué dice papá?

Marq.ª Que estamos arruinados, completamente arruinados.

Laura ¿Eh?

Marq. Y no sólo no hemos podido salvar intereses ni hacienda, sino que esta casa, este santuario, como hace poco lo llamabas, va a dejar de ser, muy pronto, el solar de Altasierra.

Laura ¿Eh? ¿Cómo? Pero...

Marq. No añadas, hija, al dolor de esta confesión, el mayor dolor aún de revelarte cómo la fortuna que debía ser ya tuya íntegra, ha huído de nuestras manos. Sabe únicamente que a no esperar de ti el consuelo de tu fortaleza de ánimo, me hubiera quitado la vida antes de...

Marq.ª ¡Pablo!

Laura ¡Papá, por Dios!

Marq. Perdona. (Yendo a besarla.) Perdonadme las dos. Y ahora, ya que sabes la situación de la casa, de *nuestra* casa...

Marq.ª (Interrumpiéndole.) Laura, tu padre, en su delicadeza de hombre, no se atreve a decirte que hay solo un medio para evitar el escándalo y el dolor de esa ruina.

Laura ¿Un medio?

Marq.ª Sí.

Laura ¿Cuál? Decidlo.

Marq.ª Está en ti.

Laura Acabad entonces.

Marq.ª (Lentamente.) Laura, hija mía, un hombre. Eugenio Serrano Ariza...

Marq. No, no; calla, Ana María. Disculpa, hija, la ofuscación de un momento en que un miedo indigno a la pobreza...

Laura ¿Pensábais casarme?

Marq. (Enérgico.) No.

Laura Sí, papá, sí; lo pensábais y habéis dicho un nombre: Eugenio Serrano Ariza. No sé quién es, ni cómo es; pero habiéndolo pensado vosotros, será digno de mí. Si es el último recurso, si con ello se salva la casa de los Altasierra...

Marq. (Con energía.) La casa de los Altasierra no ne-

cesitó nunca apuntalarse con girones del corazón. La levantaron el orgullo y el amor, que con orgullo y con amor se hunda. ¿Piensas así, Ana María?

Marq.ª Creo en ti, Pablo.

(Por foro, un CRIADO que anuncia.)

Criado El señor Serrano Ariza, acaba de llegar.

Marq.ª ¿Eh?

Marq. (Después de una pausa.) Diga usted a ese caballero que una indisposición repentina de la señora nos priva del honor de recibirle.

(Va a marchar el Criado cuando la voz de Laura le detiene.)

Laura No, Pedro... diga usted a ese señor que pase.

Marq. ¡Laura!

Laura (Firmemente.) ¡Que pase!

(Por la izquierda sale MANOLONA, que al ver el grupo que han de formar Laura en los brazos de su madre y del Marqués, junto a ellas, cruza la escena, ajena al dolor que pasa por ella, diciendo entre risas y muestras de alegría:)

Man. Bien venido sea el galán
que llega, niña, a tu reja.

Marq.ª (A Laura.)
¡Hija! ¡Hija!

Man. Si al venir es su intención
como su apostura buena...

(Va cayendo el telón lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete moderno de tonos claros. Muebles a la inglesa, mesitas de té repartidas por la escena, con los servicios que sean precisos. En foro derecha, vitrina con «bibelots», arquillas, joyeles y curiosidades (arte italiano, a ser posible.) Chimenea de mármol, apagada. Sobre ella, y entre otros adornos, violeteros de cristal, jarrones de Talavera, retratos de mujer. Profusión de luces que se encenderán oportunamente. Anochece. Sobre una de las mesillas, la más próxima al foro, un teléfono de mano.

—

(Junto a una mesilla, ALVARO y JAIME de «smokin», toman el té.)

Jaime Pero si a mí me dijo Pepita Canales que habíais sido novios.

Alv. Nada de eso. Laura y yo no cruzamos otras palabras que las de una exquisita cortesía. Eso sí, yo debía haber comprendido entonces lo que ahora, a fuerza de repetírmelo uno y otro, comprendo: Laura me quería, o al menos, si no cariño, no cabe dudar que sentía hacia mí una afectuosa inclinación. Recuerdo detalles: encuentros casuales, el turbarse y bajar los ojos al suelo al hallarse conmigo, la flor dejada al descuido sobre la mesita de té...

Jaime ¿Y cómo no adivinaste?

Alv. Qué sé yo, una torpeza, una alucinación. Yo debí comprender que aquel afecto era algo más que la distinción al amigo. Laura me ha querido, me quiere, me querrá siempre, y tal vez ahora más que nunca, por lo que nos separa y nos hace imposibles.

Jaime Imposibles no, difíciles.

Alv. Quizás en tu modo de ver las cosas, sí.

Jaime No te entiendo.

Alv. Es natural. Para vosotros, los que piensan como tú, y sois muchos, no hay más que dos clases de mujeres: fáciles y difíciles. En la mujer imposible no creeis jamás, y no porque ellas no os lo demuestren en ocasiones, sino porque sois tan ruines, tan mezquinos de corazón, que no comprendéis que se pueda hacer el sacrificio de callar un amor por no herir una dignidad. Entre Laura y yo hay algo más que un marido que nos separe. Hay una nobleza de mujer honrada y una honradez de hombre bueno. Y fíjate si ambas cosas serán grandes, que separándonos quien carece de ellas, un hombre sin conciencia y sin escrúpulos, nosotros tenemos los de respetar lo que él no respeta y el temor de no herir su honra más que por ser de él, por ser nuestra.

Jaime Chico, qué caso más raro.

Alv. Muy raro, ¿verdad? Un marido que puede llevar la frente alta, porque la sostienen la dignidad de su mujer, *que no le quiere*, y la caballerosidad del hombre que quiere ciegamente a una mujer y la respeta. Rarísimo, tienes razón. Y sobre todo para ti y para los que son como tú, incomprensible.

Jaime Pero ¿estás seguro de que Laura?...

Alv. Seguro.

Jaime Y tú, ¿la quieres como dices?

Alv. Mucho más de lo que ella pudiera figurarse. Y ese mismo amor, por lo que tiene de noble y de grande, me impide acercarme a ella por temor a ofenderla, unas veces, y otras quisiera llevarme hasta su mismo corazón para compadecerla; porque, eso sí, la compadezco mucho y decirle: no sufras, no tienes derecho a sufrir más.

Jaime ¡Pobre Alvaro!

Alv. Y ¡pobre Laura!

Jaime ¿No es feliz?

Alv. ¡Qué ha de ser feliz con ese hombre! Pasado el capricho, la ilusión de poseer a la muchacha bonita, ha vuelto a las suyas. Es lo que ha sido siempre, un degenerado, un vicioso. Si los gobiernos se otorgaran por pa-

tentes de moralidad, Serrano Ariza no hubiera sido jamás ministro.

Jaime Y tú ¿cómo sigues en su secretaría?

Alv. ¿No lo adivinas? Por estar cerca de ella.

Jaime Pues... yo no quería decírtelo, pero se murmura que Laura y tú...

Alv. ¡Bah!... ¿Quién hace caso de tales bajezas?

Jaime Como también se dice que Isabel Altasierra, la prima de Laura, y yo...

Alv. Eso es cierto.

Jaime ¡Alvaro!...

Alv. Te digo que es cierto. Guárdate, Jaime, que Mariano Acebal es de los temibles.

Jaime No hay cuidado. Está muy distanciado de su mujer.

Alv. Allá tú.

(Por la derecha, con la taza de té en una mano y en la otra un puñado de pastas, CANALES. Su smokin es antiquísimo. Lleva una enorme flor roja en el ojal.)

Can. ¿De qué se trata?

Jaime De amores, insigne Canales.

Can. Mala partida es esa. Quien únicamente la juega con ventaja es la mujer. El hombre siempre pierde. Fíjese usted en mí.

Jaime Pero fíjese usted en otros. Pepe Luis Carmona, por ejemplo. Feo, cuarentón, ajado y ya con algunos alifafes de la vejez—que oculta piadosamente—y es dueño de la mujer más bonita de Madrid.

Can. Oiga usted, Jaimito, eso de *dueño* es muy utópico. Llámele usted administrador, que no es lo mismo.

Alv. ¿Viene usted mordaz?

Can. Acabo de disputar con mi mujer. Tiene la virtud de sacarme de mis casillas, y como con ella no puedo desahogarme.

Alv. Se venga usted en la de los amigos.

Can. ¿Por qué creen ustedes que me ha echado el rapapolvo veintinueve del día?

Jaime ¿Por el menú?

Can. ¡Quiá! Pues porque a María Luisa cree que la ha salido novio.

Jaime ¿A la santita?

Can. A la santita. Yo lo he visto con buenos ojos. Porque si se casan y Dios les da descendencia, acabará el desfile de huérfanos a que estamos sometidos. Pero a Carolina se le ha

antojado que no es María Luisa la que debe casarse y si Pepita, y quiere cambiarle la novia al muchacho.

Alv. ¡Ja, ja, ja!

Can. Sí, sí, ríase usted; pero si le hubieran dado la comisión que me ha dado mi mujer...

Jaime ¿Le ha nombrado a usted embajador cerca del pretendiente?

Can. Me ha dicho que como de aquí no salga el noviazgo arreglado, va a arder Troya.

Jaime Estupendo.

Can. Y cuando en labios de mi mujer asoma esa frasecita... arde.

Jaime ¿Troya?

Can. Arde el poco pelo que me queda en la cabeza. ¡Tengo unas ganas de tener carácter!

Alv. ¿Y quién es la víctima?

Can. ¿No se lo han figurado ustedes? ¡Yo!

Alv. No, me refiero al pretendiente.

Can. Van ustedes a reirse otra vez. Y no porque el joven lo merezca, sino por ser quien es.

Jaime Pero ¿quién es?

Alv. ¿Viene a esta casa?

Can. Está en ella.

Alv. ¿Alto?

Can. Bastante. (O como esté el actor de estatura.)

Jaime ¿Rico?

Can. Casi sí.

Alv. ¿Guapo?

Can. En Tokío será una belleza, pero aquí...

Jaime No diga usted más.

Can. Claro, verde y con asas...

Alv. ¿Yoko-Hito? ¿El agregado a la Embajada japonesa?

Can. El mismo.

Alv. *Tableau.*

Jaime (De repente, mirando hacia la derecha, da un grito.) ¡Caracoles!

Can. ¿Qué le pasa a usted, hombre?

Jaime Llegó el momento.

Can. ¿El momento de qué?

Jaime Fíjese usted quien viene por la galería.

Can. ¡¡El chino!! (Suelta rápidamente la taza, se guarda las pastas y arregla la flor.)

Alv. No, el japonés; no vale confundir.

Jaime ¿Usted no lo trata?

Can. Ni siquiera.

Jaime — Pues es divertidísimo. Le hablará en tauromaquia.

Can. — ¿Sí?

Alv. — Es taurófilo *enragé.*

Can. — ¡Pues me he divertido!

Jaime — ¡Ja, ja, ja!

(Vanse por derecha. Por izquierda un CRIADO recoge el servicio de las mesillas y vase. Canales da un par de paseos un poco nervioso, lo que no obsta para que se guarde algunas pastas. Después por derecha YOKOHITO. Viste elegante, habla con suave acento y como si las palabras le saltaran en los labios, hace todas las erres sencillas.)

Can. — ¿No se baila, joven?

Yoko — No sé.

Can. — Entonces, hágame usted compañía.

Yoko — Muy agradecido. (Canales le ofrece una silla. Se sienta.) Grasias.

Can. — ¿Hace mucho que está usted en España?

Yoko — Ocho meses más menos días.

Can. — ¿Y le gusta?

Yoko — Muy mucho. Delisioso país. Alegre, encantador; bonito, bonito.

Can. — Ya me han dicho que es usted un entusiasta de nuestra fiesta nacional?

Yoko — ¿Los toros?

Can. — Sí.

Yoko — Mucho, muy mucho también. Fiesta alegre... fiesta colorida. Yo creo deber confesar a usté que hasta quise al prinsipio aprender á torear. Sí. Después consejo de amigos disen que no sirve nada práctico que yo torease; pero yo sigue con completo entusiasmo por la fiesta española.

Can. — Como que mire usted, amigo Yoko, yo no he viajado mucho: pero por gentes que conocen medio mundo sé que no hay nada tan alegre como nuestra fiesta de toros.

Yoko — ¡Oh, sí! La música, el sol, el brillo de los trajes de los toreros, las mantillas de las mujeres, el encanto de la plasa; forsosamente ha de gritar uno ole. Luego después la grasia con que el torero capotea al bicho; (Se levanta y señala unos cuantos pases.) siempre sereno, siempre junto a los cuernos, señido, empepado. (Como recordando.) ¿Cómo dice la revista de Don Pío? ¡Ah, sí! «Atracándose de toro.» Muy delisioso.

Can. ¡Ja, ja, ja!

Yoko ¡Oh! No, no ría usté; no armiro sólo los toros, armiro también sus escritores, sus hombres de siensia...

Can. ¿Y las mujeres?

Yoko ¡Oh! La mujer española es la más perfecta de las mujeres. Suavidad, grasia, fortalesa de espíritu, delicadesa en el sentimiento; si alguna vez tengo deseo de casarme, yo quisiera que fuese con una española. Creo no puede haber nada más dulse que el encanto de una mujer de España. ¿Su mujer es española?

Can. Sí; pero no lo parece, amigo.

Yoko ¿Y sus hijas?

Can. Esas sí; madrileñas.

Yoko Es desir, dos veses españolas.

Can. Muchas gracias.

Yoko Son ideales, presiosas... son un par de muchachas de trapío... de lujo... eso, un par de lujo que se dise en torero.

Can. De más lujo Pepita.

Yoko María Luisa tiene al mirar una luz acariciadora en los ojos.

Can. Es que usted no se ha fijado en los de Pepita. Son dos voltaicos.

Yoko Y una dulsura al hablar.

Can. La otra es más dulce aún. Amerenga.

Yoko Después... tiene un cabello...

Can. ¡De ángel!... Y unos rizos, ¿eh? y unas ondas, ¿eh? Pepita, ¿verdad?

Yoko No, María Luisa.

Can. (Aparte.) Mi mujer no sabe en la que me ha metido. Esto no cambia.

Yoko Yo quisiera que usté me permitiera a menudo visitarles.

Can. Cuando usted quiera. ¡No faltaba más! Encantados. Así se convencerá usted de lo que le digo.

Yoko Ya estoy convencido.

Can. ¡Claro, hombre, claro.

Yoko Y además estoy... usté perdone la franquisia; pero... además... estoy enamorado de María Luisa.

Can. (Aparte.) ¡Nada! ¡Inconvencible!

Yoko Me gusta la mujer moderna, que monte a caballo.

Can. ¿Eh?

Yoko — Que juegue al tennis y al polo.

Can — ¿Pero?...

Yoko — Que sepa lo que es un bridge y un criquet y un goal y una lagartijera en la misma crus.

Can. — ¿Y todo eso lo ha hallado usted en María Luisa?

Yoko — Sí; hemos hablado de ello.

Can. — ¿Con María Luisa?

Yoko — Justamente; y mi enamoramiento no es sólo por eso, sino porque me encanta su lujo en vestir.

Can. — ¿Cómo?

Yoko — Su grasia en el desir.

Can. — ¿Eh?

Yoko — Y sobre todo el rubio de su pelo.

Can. — Pero si María Luisa es morena.

Yoko — Rubia.

Can. — Morena. Si lo sabré yo. (Pausa.) ¡Ah... vamos!... (Con júbilo.) Abráceme usted, hombre de Dios.

Yoko — ¿Eh? ¿Por qué?

Can — Porque de quien usted está enamorado es de Pepita.

Yoko — De María Luisa.

Can. — No, hombre, no, de Pepita. ¡Menudo trabajo me ha quitado usted de encima!

(Por derecha CAROLINA, ISABEL y JAIME. Aquélla va al grupo que forman Canales y Yoko. Isabel y Jaime quedan en último término.)

Car. — ¿Se puede saber qué están ustedes fraguando?

Can. — Ven acá, mujer. Este Yoko, que es graciosísimo. Figúrate que nos ha confundido a María Luisa con Pepita.

(Hablan en voz baja.)

Isabel — Le he dicho a usted que no insista.

Jaime — Tirana.

Isabel — No lo soy mucho cuando le tolero que me hable a solas.

Jaime — Pero aquí.

Isabel — ¿Dónde quería usted que fuese?

Jaime — ¿Por qué no viene usted a mi estudio, Isabel?

Isabel — Es peligroso. Ustedes, los artistas, viven en pisos demasiado altos, se llega a ellos rendida, con los colores en la cara, demandando descanso.

Jaime ¡Si viera usted qué cuadro estoy terminando para la Exposición! Un acierto. Me dió la idea Yoko, el agregado japonés. Asunto de leyenda de amor. Después le rogaremos que nos la repita. Es maravillosa.

Isabel ¿Y lo tiene usted ya terminado?

Jaime A falta de una figura. Usted.

Isabel ¿Yo? ¡Qué loco! ¡Yo modelo!

Jaime Modelo no, imagen. La modelo es algo vulgar, triste. Una mujer que no es de ninguno y ha de ser de todos. El impudor pudoroso. La falsedad del arte. La que lo mismo nos sirve para una Dolorosa al pie de la cruz que para una mundana en tarde de toros. Y cada cuadro necesita una modélo distinta, una mujer esencia de la que queremos crear. ¿A usted se le figura que por muy artista que sea una mujer, por muy perfecta de expresión y de línea, puede la que se desnuda ante ocho o diez o veinte hombres, puede en verdad ser esencia de una Concepción o de una Teresa de Jesús? No.

Isabel ¿Y qué copiaría usted de mí para su cuadro?

Jaime La resignación; su dolorosa y triste resignación.

Isabel ¿Yo?

Jaime Usted, sí; la mujer niña, la muñeca mujer. resignada a los veintitrés años a un marido que se hastió de hogar y a unos hijos que la envejecen en plena juventud.

Isabel Se equivoca usted, Jaime.

Jaime No.

Isabel Se equivoca usted, le repito.

Jaime No, le repito yo; estoy cierto, ciertísimo. Usted y su marido se han desligado ya espiritualmente. Viven ustedes un amor artificioso. No son felices.

Isabel ¿Quiere usted no seguir por ese camino? Se lo suplico.

Jaime Como usted quiera; pero esa súplica es la verdad de esa resignación que quiere dejar de serlo.

Isabel ¡Chist! Que viene Laura; sepárese.

Jaime Es inútil, ya nos ha visto. ¿Le tiene usted miedo?

Isabel No.

Jaime Entonces..

Isabel Laura sí que podía servirle a usted de modelo, Jaime, para ese cuadro.

Jaime Nunca como usted.

Isabel Tal vez más que yo. Ella es la resignación que sufre.

Jaime ¿Y usted es la que se rebela?

Isabel No; la que no quiere sufrir.

(Por derecha LAURA. Al ver el grupo de Isabel y Jaime dice.)

Laura Jaime, le buscaba Alvaro. (Y vase al grupo que forman Canales, Yoko y Carolina.)

Jaime ¿Vendrá usted?

Isabel No.

Jaime ¿Nunca?

Isabel Nunca. (Al irse él a marchar.) No se vaya usted sin hablar conmigo; quiero que haga un retrato de mis hijos.

Jaime ¿Para cuándo?

Isabel Por eso quiero hablarle: para convenir la fecha en que han de ir a su estudio.

Jaime ¿Con usted, Isabel? (Laura volviendo la cabeza hacia ellos, dice:)

Laura En el despacho de mi marido creo que está Alvaro, Jaime.

Jaime Voy en seguida. (Vase por izquierda. Isabel se queda en último término, junto a la vitrina, viendo los juguetes.)

Laura ¿Usted no baila, Yoko?

Yoko Sí, señora, bailo, pero tengo un defecto para bailar; que pisotono mucho a la pareja. Sin embargo, antes pedí bailar a María Luisa y dise que no sabe.

Car. No, María Luisa no sabe. ¡Es una pava!

Can. Hombre, pues vaya usted y dígaselo a Pepita. Esa es un trompo.

Yoko No, a la otra tanda, a la otra tanda.

Car. ¿Y tu marido?

Laura En el Congreso.

Car. Hija mía, inconveniente de ser mujer de un personaje. Dos veces han querido hacer a este gobernador, pero yo me he opuesto. Los hombres públicos son una calamidad para casados.

Yoko Siendo así, yo que aspiro a una cartera en mi país, no podré nunca casarme.

Can. Usted sí: usted se casa; acuérdese usted que yo le digo que usted se casa. Y sobre todo,

acuérdese de que se lo dice mi mujer. Esta le enyuga a usted.

Laura ¿Qué haces ahí, Isabel?

Isabel Curioseando estos cachivaches.

Laura Abre la vitrina, verás. (Yendo hacia la vitrina.) Los hay muy curiosos. Los compró Eugenio en Italia. (Mostrándole un cofrecito.) Mira, este cofrecito de Cellini.

Isabel Preciosísimo.

Laura (Aparte a Isabel.) ¿Qué hablabas con Jaime?

Isabel Nada.

Laura Sí, discutíais. Es peligroso lo que haces, Isabel.

Isabel (Cortando la conversación.) Yoko, ¿conoce usted este trabajo florentino?

Yoko (Yendo a verlo.) ¡Oh! ¡Maravilloso!

Car. (A Canales.) Ya habías notado el flirt de Isabel y el pintor.

Can. (Displicente.) Sí.

Car. Pues es preciso prevenir a Mariano. Es un escándalo.

Can. Allá ellos, mujer.

Car. Debes ir a la Peña y advertirle.

Can. ¿Yo?

Car. Tú, sí, tú. Eso es cosa de hombres.

Can. ¿Quieres quedarte viuda?

Car. Quiero evitar una inmoralidad. No en balde presido la Junta de conciliaciones matrimoniales. Irás ahora mismo.

Can. ¡Carolina!

Car. Ahora mismo.

Yoko ¡Oh, vengan ustedes, vean que maravilla. (Canales y Carolina van también y forman grupo. Por izquierda ALVARO y JAIME.)

Jaime ¿Para eso me llamaste?

Alv. Quería que te convencieras. Ya lo has oído. No ha comido ni ayer, ni anteayer en su casa y hoy tiene el cinismo de llamarme por teléfono, a mí, para que yo le excuse como pueda ante su mujer.

Jaime Y tú ¿se lo vas a decir?

Alv. Si supiera que diciéndoselo... pero no, no. Compadéceme, Jaime.

Jaime Porque tú quieres ¿eh? yo en tu caso le diría ahora mismo que el marido ..

Alv. Calla. (Al cerrar la vitrina, Laura vuelve la cabeza y ve a Alvaro. Rápidamente se dirige a él. Jaime se aparta y se dirige al grupo, colocándose cerca de Isabel.)

Laura ¿Ha venido mi marido, Alvaro?

Alv No.

Laura ¿Sabe usted si vendrá a cenar?

Alv. No lo sé.

Laura Pero ¿no le ha dado a usted orden de que le espere o que vaya al Congreso?

Alv. Nada, hasta ahora nada.

Laura ¿Quiere usted llegarse a ver si está allí, si le ocurre algo?

Alv. Como usted mande.

Laura Se lo suplico.

Alv. Pues ahora mismo.

Laura Gracias.

Alv. Señores... (Al ir a marcharse, Carolina dice:)

Car. ¿Se va usted, Alvaro?

Laura Vuelve en seguida.

Car. Canales le acompañará. Anda, vé a eso que ya te he dicho.

Can. Pero mujer que...

Car. Vé.

Can. (Aparte, yéndose.) Voy a morir sin testar. (A Alvaro colgándose de su brazo.) ¿Es muy difícil tener carácter, amigo Alvaro? (Vanse por la izquierda.)

(Por derecha la MARQUESA, PEPITA y MARÍA LUISA. Después de las primeras frases quedan colocadas en la siguiente forma: A la derecha, sentados, Yoko, María Luisa, Pepita. En el centro de la escena y en segundo término, de pie, Isabel y Jaime. Y en la izquierda, sentadas, Carolina, Marquesa y Laura. Va anocheciendo. Un CRIADO entra en escena.)

Marq. (Al entrar.) Se han despedido las de Romero, y Julio y Manuel Casares.

Pep. Y como nos quedamos solas y no se hace más música... No ha querido usted bailar conmigo.

María Ni conmigo.

Yoko ¡Oh, señorita, usté me dise a mí que no sabe bailar!

María Es que cuando a una muchacha se le dice por primera vez que si quiere bailar es costumbre decir que no se sabe.

Yoko Eso es un embolado.

María ¿Cómo?

Yoko Una mentiiita. Es esconder el bulto. De todas maneras, delisiosa.

Car. (A María Luisa.) Niña, explícale a Isabel el reglamento de las asociadas de San Luis.

María (Con enojo marcado.) Voy, mamá. (Vase al grupo de Isabel y Jaime.)

Isabel ¿Qué te ha dicho tu madre?

María Nada. Un pretexto para que no hablase con Yoko. Creerá que se me iba a declarar.

Isabel ¿A ti?

María Pero ¿por qué os extraña a todos que me pretendan?

Jaime ¿Pero usted no iba a ser monja, María Luisa?

María ¿Yo? Claro, que si mamá sigue espantándome los novios, ¿qué remedio?

Jaime Yoko.

Yoko Diga usted.

Jaime ¿Quiere usted contarle a Isabel la leyenda que sirvió de base a mi cuadro?

Yoko Con mucho gusto. (Se levanta para ir al grupo del fondo.)

Car. A Isabel solo, no, que nos lo cuente a todos. Claro.

Yoko Es muy sensilla y muy infantil.

Laura No importa.

Yoko Cuando Japón no era la siudá fuerte, poderosa, rica, de ahora, dise la leyenda que formaban sus pueblos pequeñitas casas de cartón con pequeñitas personas de diferentes contexturas. Los hombres y las mujeres no eran tales sino muñecos, pequeñitos muñecos también. Pero así como los muñecos hombres para dar una idea de la vitalidad de la raza eran de hierro, de asero, o de piedra, las mujeres eran todas, absolutamente todas, muñequitas de papel. Unas finas, suaves, delicadas, de finísimo papel de seda; otras más vastas, más burdas, menos frágiles, de papel ordinario; algunas ásperas, duras, que llegaban a confundirse en su tosquedá con el cartón de las paredes. Y dice la leyenda que poseídos los hombres de su fuerza, no pensaban en la fragilidad de las tenues muñequitas de papel, y el uno por impetuoso, el otro por dominador, este por muy enamorado, aquel por muy seloso, manoseaban, estrujaban y destruían de tal modo a las débiles muñequitas, que poco a poco la ciudad fué quedando reducida a hombres solos. Al prinsipio, al verse libres, brincaban de contento, mas luego iban no-

tando poco a poco que a su alegría le faltaba algo; las risas de aquellas muñequitas que estrujaron entre sus manos de hierro. Y locos, desesperados, culpábanse unos a otros y sólo hallaban disculpa, pero no consuelo al pensar ¡eran tan frágiles! ¡eran tan delicadas que al menor choque de una pasión, de un selo, de un odio, o de una deslealtad, se rompían! Una mañana, todos los muñecos hombres quisieron salir del pueblo en dirección a otro, a buscar, a pedir o a robar las muñecas mujeres, cuando en una casita, la última, señalada por todos como el hogar del más tirano de todos, vieron a una mujer. El asombro fué espantoso. Rodeáronla y preguntáronle. ¿Cómo es que tú, la mujer de esa fiera, que te deshonró, que te golpeó, que te hirió en el cuerpo y en el alma y te abandonó después, vives aún, y no viven las que sufrieron ménos que tú? Y la mujer, la muñeca de papel, que no podía hablar porque su tirano también le había arrancado la lengua, alzó sus brazos y en ellos mostró a un niño, un hijo, y sus ojos se iluminaron y sus labios se movieron como diciendo: Porque a las muñequitas de papel, no las hacen fuertes ni los selos, ni las pasiones, ni las adversidades, las hacen fuertes los hijos. Y al desirlo ponía el suyo sobre su pecho como si fuera una muralla de amor y de vida.

Laura Precioso.

Marq. Originalísimo.

Car. A mí me conmueven estas cosas de la maternidad.

Yoko Es una leyenda sensilla, de niños.

María ¿Sabe usted muchos cuentos así?

Yoko Alguno.

María Venga usted a casa una tarde. A mí me encantan.

Car. Cene usted con nosotros esta noche.

Yoko Con mucho gusto.

Car. Y para que no se nos escape, vámonos juntos.

Marq. ¿Tan pronto?

Car. Son las ocho menos cuarto. ¿Qué dirá Canales cuando vaya a casa si no nos halla en ella?

Isabel Yo también os dejo.

Jaime Y yo.

Car. (Aparte.) Natural. (Alto.) Marquesa, mis saludos al Marqués y que sea rápida esa convalecencia, ¿eh?

Marq. Gracias, Carolina.

Car. Adiós, Laura. Recuerdos a Eugenio, ¡no los merece, pero recuerdos! ¡Ah, estos hombres del día! (María Luisa y Pepita besan a Laura y a la Marquesa.)

Jaime (Aparte a Isabel.) ¿La acompaño?

Isabel No. (Besa a Laura.)

Laura Acuesta a los niños y ven a cenar.

Isabel ¿No viene Eugenio?

Laura Creo que sí, pero...

Isabel Te comprendo. Vendré. Ya debe el ama haberlos acostado. ¿Cenas tú aquí también, tía?

Marq. No.

Laura Sí, mamá, quédate.

Marq. No, otro día.

Isabel Da un beso al tío.

Laura No tardes.

Isabel Diez minutos.

Car. Vamos, niñas. Yoko, vamos. (Salen por la izquierda. Se quedan en escena la Marquesa y Laura.)

Laura ¡Ay, gracias a Dios!

Marq. He comprendido que deseabas estar sola.

Laura Me molestan, me aburren. Bien sabes tú que por mí no daría estas reuniones. Me las impone Eugenio para que me distraiga.

Marq. ¿No ha comido en casa?

Laura No.

Marq. ¿Y no sospechas?

Laura Sería una ingrata. Eugenio ha sido siempre para mí atento, cariñoso, bueno, satisface hasta el más absurdo de mis caprichos y además, en apariencia, aunque sólo sea en apariencia, sabe guardarme todos los respetos. Debo ser feliz.

Marq. Pero no lo eres.

Laura A ti no puedo negarte nada, mamá. Hasta ahora, no lo he sido. Y ¡qué sé yo! aun deseando serlo, aún esperando serlo, temo que no lo sea ya más.

Marq. ¿Por qué?

Laura Porque lo fuí mucho antes de casarme. Los que fueron siempre desgraciados tienen la

esperanza en un «mañana» y el «mañana» ¡quién sabe si llegará! los que fueron felices la tienen en otro «ayer» y el «ayer» no vuelve jamás.

Marq.ª ¿Por qué te casaste?

Laura Era necesario, era preciso; bien lo sabes. Eugenio tal vez lo comprendió, no entonces, sino después, al conocer, por haber de remediarlo, el estado de nuestra casa, y creyó pagado mi sacrificio. Quizá eso, el suponer que fué un cálculo nuestra boda, le ha alejado de mí. Y yo he sufrido, he callado y he procurado que viera en mí la mujer buena, cariñosa, solícita; la mujer que no pudiendo darle su corazón, porque en él no manda ni puede mandar nadie, le da su vida toda, absolutamente toda. Y vivo así, resignada, triste, sin poder reprocharle el que un día no venga a casa, el que una noche y otra no cene conmigo; sin atreverme a preguntarle dónde le perfumaron el pañuelo con esa esencia extraña que le delata, ni de dónde vienen esos plieguecillos rosas o azules que llegan en su correspondencia y que yo le veo leer y encendérsele los ojos cuando los lee, y he de fingir con una sonrisa que no me doy cuenta de nada, ni me entero de nada, ni sé nada más que ser su enfermera y su esclava, y a ratos, sólo a ratos, su mujer.

Marq.ª ¡Hija mía!

Laura Y él no ve, no comprende que este sacrificio, esta resignación, pudo acabarse un día, y entonces...

Marq.ª ¡Laura!

Laura No, no; no temas ya, mamá. Nunca lo hubiera sido, y no por enamorada, sino por fidelidad de todas mis costumbres y de todos mis sentimientos. Pero ahora... ahora menos que nunca. Y es porque el sueño de toda mi vida va a realizarse. Y con él yo espero que venga la felicidad que perdí.

Marq.ª ¿Qué dices, hija?

Laura Que tal vez ese despego, ese aislamiento de Eugenio es porque en la casa le faltaba algo que le retuviera en ella; que mi torpeza de no saber ser mujer casada la remediase alguien que viniese a recordármelo a cada

momento, que alguien nos uniese para siempre y eternamente, y ese alguien que esperamos va a llegar.

Marq.ª ¡Laura!

Laura Y desde entonces, desde ahora, ¡qué sé yo!, pero me parece que hasta he comenzado a enamorarme de Eugenio como nunca pude soñar que me enamorara.

Marq.ª Pero, ¿estás cierta?

Laura Sí, mamá; yo, como la muñeca de papel de la leyenda japonesa, sabré hacerme fuerte y vencer, porque tendré en los brazos a mi hijo. Y ya verás cómo Eugenio cambia por completo, y cambiando él, la alegría va a entrar en esta casa como el aire y el sol: a raudales.

Marq.ª ¿Y lo sabe?

Laura Debe saberlo; esta tarde, cuando vino Manolona, se lo he mandado a decir con ella. La he dicho que lo busque por todaspartes, y que donde lo encuentre no haga más que insinuárselo, que estoy segura de que él vendrá corriendo a quererlo oir de mis labios.

Marq.ª ¡Qué alegría la de tu padre cuando lo sepa, como la mía!

Laura Como la mía también, mamá.

(Por la izquierda, casi corriendo, sofocado y violento, CANALES.)

Can. Ay, ustedes perdonen. ¿Se ha ido mi mujer?

Laura Sí, hace un rato. Pero, ¿de dónde viene usted así?

Can. ¡Ay!, ¡ay! ¡Yo no puedo más! ¡Yo no puedo más!

Mar.ª ¿Qué le pasa?

Can. ¿Ustedes están a bien con San Expedito, que según mi mujer es el santo más milagroso, verdad? Pues encomiéndenme en sus oraciones, y en la plaza de Manuel Becerra se despide el duelo.

Laura ¿Qué dice usted, hombre?

Can. ¡Ah! ¡Y que no admito coronas! ¡Que ya llevo la mía... de espinas! ¡Y bien clavadas!

Laura ¿Quiere usted acabar?

Can. Acabo... acabo...

Laura Pues diga.

Can. Acabo por primera vez de desobedecer a mi mujer.

Marq.ª ¿Como?

Can. Esta es la pregunta que me hago yo esta noche; pero me la hago en futuro: ¿comeré? Bueno, yo a ustedes se lo digo, ¿eh?

Marq.ª Sosiéguese. ¿Quiere usted tomar algo?

Can. No, nada, gracias. Oigan ustedes: mi mujer me dió al salir de aquí un encargo que no me he atrevido a cumplir. Figúrense que me dijo que fuera a la Peña, buscase a Mariano y le advirtiera de que Isabel, su mujer, flirteaba con ese pintamonas de Jaimito.

Marq.ª ¿Eh?

Laura Nada, mamá, no hagas caso; cosas de Carolina.

Can. Yo llegué hasta la puerta de la Peña, pregunté, me dijeron que estaba jugando al billar, subí, penetré en la sala de juego: ¡allí estaba! Hice un esfuerzo. Me acordé del postre, y ya iba a lanzar mi escopetada, cuando mis ojos se fijaron en el taco que aprisionaban las manos de Marianito. ¡Medía metro y medio! ¡Metro y medio de madera sobre mi cabeza! ¡Horror, retrocedí! Salí corriendo, y aquí venía a postrarme a los piés de mi mujer para decirle resueltamente que no, que no y que... ¡El caos!

Marq.ª De modo que Isabel...

Laura No te preocupes, mamá; son cosas de Carolina, que lo ve todo a través de esas asociaciones que preside. Y usted váyase a casa, dígale que ha cumplido el encargo y que Mariano no dió ningún crédito a su alarma.

Can. Sí, es verdad; le mentiré, le mentiré también por primera vez en la vida. Pero ustedes guárdenme el secreto, ¿eh?

Laura Ande, váyase tranquilo.

Marq.ª Y tenga usted un poco de más carácter, Canales.

Can. Eso pienso, pero no me sale.

Laura Ande, ande, y serénese por el camino.

Can. Adiós, marquesa; adiós, Laurita, y gracias, ¡muchas gracias! ¡El caos! (Vase por la izquierda cómicamente.)

Laura Prefiero a Eugenio o al mismo Mariano antes que un marido así.

Marq.ª Pero, es verdad lo de Isabel?

Laura No, mamá, no *debes* saber que es verdad.

Esta noche cenará conmigo; yo le advertiré que eso que haces...

Marq.ª ¡Con seis hijos!

Laura Vaya, mamá, no pienses más en ello, y voy a avisar que te pongan el coche para que le lleves a papá la noticia.

Marq.ª He traído el mío. ¿Quieres que vengamos después de cenar?

Laura Sí, venid; ya estará aquí Eugenio.

Marq.ª Pues hasta luego.

Laura Adiós, mamá. (Mutis Marquesa. Sale ALVARO por el despacho.) ¿Eh? ¿Usted aquí?

Alv. Sí, me ordenó usted que buscara a su marido.

Laura ¿Y dónde está? ¿Qué le ha dicho?

Alv. No le he visto... Laura... pero es necesario que me escuche; esta situación debe terminar. La conducta de su marido de usted es infame. Un corazón honrado no puede tolerar...

Laura (Interrumpiéndole.) ¡Alvaro!... No quiero saber nada. En el despacho de mi marido, ¿lo entiende usted?, únicamente allí está su puesto.

Alv. No, antes óigame, y después saldré de aquí, y de esta casa, si es preciso...

Laura Le repito que no quiero saber nada. Váyase usted.

Alv. Como usted mande. Perdóneme.

Isabel (Entrando por la izquierda.) Laura...

Laura (Gracias a Dios.) Buenas noches, Alvaro.

Alv. Señoras... (Vase galería derecha.)

Isabel (Disimulando haber visto a Alvaro.) ¿Viene Eugenio por fin?

Laura (Dominándose.) Sí, me estaba diciendo Alvaro que vendría a cenar, que le esperase. ¿Has visto a tú marido?

Isabel Sí; hemos tenido en este rato una amigable explicación.

Laura ¿De veras?

Isabel Reposa un poquito, que estás muy nerviosa, y oye: Mariano y yo hemos convenido en una separación.

Laura ¿Eh?

Isabel Una separación sin escándalo. Un pleito es siempre enojoso, y, además, da lugar a imposiciones muy atrevidas. Entre nosotros el matrimonio queda deshecho. Ya lo estaba; pero ahora es en definitiva.

Laura ¿Y tus hijos?

Isabel Hemos convenido, y ya está dada la orden, de que queden en el colegio internos.

Laura ¡Isabel!

Isabel Así no son estorbo para uno ni para otro.

Laura Eso es un disparate. No lo haréis. Yo lo he de impedir.

Isabel ¿Tú? Me parece que no eres tú la más autorizada a hablarme de moralidad.

Laura ¿Eh? ¿Qué dices?

Isabel ¿Alvaro vino solo a decirte que Eugenio cenaba en casa esta noche?

Laura A eso únicamente.

Isabel ¿Y por eso disputábais?

Laura ¿Has oído?

Isabel ¿Ves tú cómo es muy difícil resignarse?

Laura ¡Isabel!

Isabel Estamos iguales. Ellos... y nosotras.

Laura No, eso, no. Ni Eugenio será nunca como tu marido, ni yo como tú.

Isabel ¿De modo que tú crees que Eugenio es un santo, un inocentón, que se ha consagrado a ti y nada más que a ti?

Laura Eso, tampoco. Pero desde hoy, desde este momento, yo te puedo asegurar que sí.

Isabel ¿Por qué?

Laura Para eso te llamaba. Ya ves qué distinto pensamos tú y yo. Las dos hemos sufrido el mismo mal, un abandono injusto y doloroso; alguien ha querido también en las dos aprovecharse de ese abandono, y mientras tú aceptabas los galanteos de Jaime, a quien no has querido, y que le quieres sólo por la vanidad de poseerle, yo acabo de arrojar de la casa al hombre único que quise y que me quiere con toda su alma. Yo he sabido ser fuerte, resistir, no porque tenga menos motivos que tú para vengarme de él, sino porque he sentido en las entrañas la otra vida que va a unir las nuestras, quizá para siempre; yo me he enamorado de mi marido, y lo arrancaré a dentelladas de los brazos de esas otras mujeres sólo por la esperanza de lo que va a venir; tú, que tienes los hijos en el mundo, y que por ellos debes hacerte fuerte, no sabes serlo y vas a caer. Para eso te llamaba, Isabel; para que aquí, las dos solas, corazón frente a corazón y vida

frente a vida, me prometas que nunca... nunca...

Isabel — No conoces a los hombres.

Laura — No quiero conocerlos.

Isabel — ¿Y crees tú que con los hijos los atraemos?

Laura — Sí.

Isabel — ¿Y que los hombres merecen nuestra resignación?

Laura — Creo que la merecen nuestros hijos, que valen más que ellos.

(Suena el timbre del teléfono.)

Isabel — ¿Llaman?

Laura — Sí, debe ser él; espera... (Yendo al teléfono.) ¿Eh?... Sí, soy yo, Eugenio... (Con gran alegría.) Sí, es verdad, sí... (Transición.) ¿Eh?... ¿Y no tienes un momento para venir?... ¿Ni a cenar siquiera? (Con infinito dolor) ¡Hasta mañana! (Estas últimas palabras dejando el auricular y con honda pena.)

Isabel — ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Y ahora, qué piensas ahora?

Laura — Resignarme también.

Isabel — ¿Pero aún crees que los hombres merecen nuestra resignación?

Laura — No; creo que la merecen nuestros hijos, que valen más que ellos.

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El mismo decorado del acto anterior. La chimenea encendida. Son las ocho y media de la mañana.

—

(En escena LAURA con bata de casa, elegante, sentada junto a una mesilla que tiene un portátil de luz, encendida aún. A su derecha LA MARQUESA; paseando por segundo término CANALES, y junto a ellas la DONCELLA con una taza de caldo.)

Marq.ª Vamos, tómatelo, mujer; te reanimará un poco.

Donc. Tómelo usted, señorita; desde anoche no toma nada y apenas si cenó.

Marq.ª Vas a caer mala, hija.

Laura Déjame, mamá, déjame.

Marq.ª ¿Por qué no te acuestas?

Laura Quien debeis acostaros sois vosotras. Usted, Canales, váyase a casa ya; la pobre Carolina, a quien agradezco sus atenciones, le impuso este sacrificio.

Can. Eso sí que no; es la primera vez que cumplo a gusto un mandato de mi mujer.

Laura Y después de todo, qué inútilmente se están ustedes molestando; pero si no me pasa nada, si no me ocurre nada.

Marq.ª Ya lo sabemos que no es de cuidado; pero si no descansas y te alimentas y te tranquilizas, ¡quién sabe lo que puede sobrevenirte!

Can. Debe usted tomarse ese caldo.

Laura Bueno, lo tomaré; pero con la promesa de que se irán ustedes a descansar; ¡toda la noche en vela!

Marq.ª Anda, sí; tómatelo y nos vamos.

Laura (Tomándose el caldo.) ¿Leyó usted los periódicos de anoche, Canales?

Can. Desde el fondo a los anuncios.

Laura ¿Y dicen algo?

Can. Nada. Efectivamente, el Rey salió de caza con aristócratas y políticos, pero Serrano no fué con ellos.

Laura ¿Por qué me mintió entonces? ¿Dónde está que no viene ni siquiera manda un lacayo a preguntar cómo sigue su mujer? (Devuelve la taza de caldo y apaga la luz de la mesa.)

Donc. ¿Quiere algo más la señorita?

Laura No, nada. Que pase usted inmediatamente cualquier recado que traigan y los periódicos.

Donc. Está bien, señorita. (Vase derecha.)

Laura Y ahora cumplan ustedes su promesa; váyanse, déjenme sola.

Marq.ª (Yendo hacia la izquierda y abriendo la primera puerta.) Bueno; pero anda, pasa primero a tus habitaciones, descansa.

Laura ¿Vendrá papá en cuanto llegue?

Marq.ª Sí, mujer, sí; de la estación aquí.

Laura Pues marcharse vosotros; adiós, Canales, y muchas gracias; déselas usted a Carolina también. Adiós, mamá. (Besándola.)

Marq.ª ¿Te acostarás?

Laura Sí, me acostaré, sí. (Vase por la primera izquierda.)

Marq.ª ¿Qué cree usted, amigo Canales?

Can. Señora, yo en estos casos de víctimas matrimoniales no soy voz ni voto.

Marq.ª Pero ese homcre...

Can. Es de pronóstico, que diría el japonesito.

Marq.ª Su conducta es incalificable, no tiene nombre. Y no solo es ella la víctima, somos nosotros también; que sobre la conciencia, si no directamente, llevamos el peso de la culpa. Laura se sacrificó por nosotros, se casó por nosotros. Y todos hemos sido engañados, porque ¿quién iba a suponer que un hombre del prestigio, de la caballerosidad de Eugenio, se condujese tan villanamente? Si usted lo hubiera oido antes de casarse, cuando nos pidió la mano de Laura, qué palabras de afecto, de dulzura, de compasión. Había sido horriblemente desgraciado en su

primer matrimonio; vivía después en una amarguísima soledad de afectos, y en Laura creía encontrar todos los consuelos y todos los cariños. Una verdadera pasión, no sé si fingida o cierta, pero una pasión de toda su alma. Y si la conducta de Laura le hubiera dado motivo para ese proceder, todavía era disculpable, pero mi hija ha sido una mártir, una esclava. Es horrible, Canales, horrible. Bien que no la quiera, pero por lo menos que no la haga sufrir.

Can. Y menos mal que hasta ahora le ha sabido hacer guardar todos los respetos.

Marq.ª Hasta ahora... en parte. La servidumbre ya comienza a sospechar, en los corrillos se murmura, dentro de poco y con esta campanada, el escándalo será público. ¿Cree usted que Laura merece eso?

Can. Creo que ella, como yo, debemos pedir un puesto en el martirologio. Las fieras del circo que devoraban a aquellos venerables colegas nuestros en la hermandad de mártires, tenían indiscutiblemente más delicadeza que Serrano y menos uñas que mi mujer.

Marq.ª Y esto ocurre cuando la esperanza de todos estaba puesta en un poco de felicidad que nos prometíamos. El Señor no ha querido que así fuera y ha frustrado el nacimiento de esa criatura que venía a esta casa como un nuevo Mesías.

(Por la derecha sale la DONCELLA, que después de dicha la frase vase por la izquierda.)

Donc. El señor marqués acaba de llegar.

Can. Yo me voy: ustedes tendrán que hablar.

Marq.ª Adiós, Canales.

Can. Marquesa, a sus órdenes... y paciencia. (Vase por la izquierda. Por la izquierda entra la DONCELLA con varios periódicos.)

Donc. Ya está aquí el señor. ¿Aviso a la señorita?

Marq.ª No.

(Vase la Doncella. Por la izquierda el MARQUES en traje de viaje, con abrigo.)

Marq. He saludado a Canales al entrar. ¿Y Laura?

Marq ª Descansa. No ha dormido en toda la noche. ¿Sabes algo?

Marq Ni por Toledo ni por Granada ha aparecido. Sus fincas están cerradas y nadie sabe una palabra de él.

Marq.ª Entonces...

Marq. No sé. No quiero yo saber nada tampoco. Creo que se impone una solución inmediata, enérgica. Hemos sido muy débiles.

Marq.ª ¿Una solución? ¿Cuál?

Marq. Ante el escándalo, y escándalo por escándalo, creo que es preferible demandar el divorcio.

Marq.ª ¡Pablo!

Marq. Tú dirás entonces.

Marq.ª Un divorcio en nuestra casa, en nuestra familia.

Marq. ¡La casa! ¡La familia! ¡El nombre de los Altasierra! ¿Para qué nos ha servido todo, para qué? Por la familia, por la casa, por el nombre hubimos de aceptar el sacrificio de Laura. ¿Habremos de aceptar también el de su deshonra, el de su muerte tal vez? Sálvese la hija y húndase todo lo demás. Entre los prejuicios y el corazón, ¿quién vacila?

Marq.ª ¿Y así piensas aconsejar a Laura?

Marq. Hoy mismo.

Marq.ª No, hoy no; déjalo, espera.

Marq. En estos momentos, Ana María, no se debe esperar.

Marq.ª Yo te lo suplico. ¿No tienes ya confianza en ella?

Marq. En ella, en mi hija; en Laura Altasierra, sí; en la mujer ofendida, humillada y vituperada, quizás no.

Marq.ª ¡Pablo!

Marq. Creo que es lo mejor.

Marq.ª No, ahora no. Está descansando; ha pasado en vela toda la noche de ayer y la de anteayer. Compadécela. Espera.

Marq. Entonces, vámonos.

Marq.ª Vámonos. (Toca el timbre. Sale la DONCELLA por la derecha.)

Donc. ¿Llaman los señores?

Marq.ª Sí; esté al cuidado de la señorita. Y si algo ocurre, avisen a casa por teléfono en seguida.

Donc. Está bien, señora.

Marq. Vamos. (Vanse por la izquierda todos. Pausa larga.) (Sale JOSÉ con unos periódicos, se dirige al cuarto de Laura, escucha, vuelve al centro, desdobla un periódico y lee. De pronto marca un gesto de asombro, dobla el periódico, los deja sobre el velador y vase.)

(Por primera izquierda LAURA.)

Laura ¡Dormir! ¡Dormir! ¡Imposible! ¿Quien duerme con esta pena atravesada en el alma?

(Dentro se oye la voz de Isabel.)

Isabel (Dentro.) Sí, que no se vaya el coche; que espere. (Entrando por el foro.) ¿Cómo estás? ¿Cómo has pasado la noche?

Laura Mejor. Bastante mejor.

Isabel ¿Y Eugenio?

Laura No sé nada aún. Papá no debe tardar y traerá noticias suyas. Pero, ¿por qué te has molestado? ¿Por qué has venido tan temprano?

Isabel No me lo agradezcas. Es jueves, día de visita en el colegio y quiero aprovechar la mañana para ver a los niños.

Laura ¿Qué? ¿Te decides por fin a llevarlos a tu lado?

Isabel Más adelante: cuando mejore el tiempo, cuando...

Laura No, no; ha de ser en seguida; hoy, si es posible.

Isabel Pero, ¿por qué?

Laura Porque tú eres la primera que lo deseas, porque ni ellos ni tú debeis estar ni un día más separados; por eso y porque para bien de todos ha de ser así. Por ellos, por ti y por Mariano.

Isabel Es que Mariano no merece...

Laura No, si yo me libraré de aconsejarte que le quieras o que le aborrezcas; allá tú con tu conciencia. Yo no te hablo de él, aunque si te hablara sería para recordarte únicamente que es el padre de tus hijos. Guarda tu dignidad, guarda tu honradez, guarda tu pureza, que es la suya y que es su escudo. Y por mucho que aborrezcas a Mariano, piensa que honrándole no es a él solo a quien honras, es a tus hijos.

Isabel Comprende que conmigo se está portando...

Laura Pero si no te hablo de él. Yo he seguido paso a paso tu vida, aunque tú no lo creas. Y antes, cuando aún no te habías separado de tus hijos, eras más fuerte. Yo sé que te negaste a ir al estudio de Jaime una vez y otra; yo ví cómo temías el que os sorprendieran; cómo a sus cartas no respondías y cómo ponías freno a cualquier atrevimiento suyo. Y era por ellos, Isabel, por ellos. Sin embar-

go, ahora te han visto llegar a la puerta de su estudio.

Isabel — Te juro que no he subido nunca.

Laura — Lo sé, si no no te hablaría yo así. Pero contestas a sus cartas y vais juntos por la calle.

Isabel — Una o dos veces por casualidad.

Laura — Por lo que fuera, es indigno de ti. Ya el mayor es casi un hombrecito; un día pueden preguntarle quién era el hombre, que no siendo su padre, iba con su madre y...

Isabel — ¡Oh, no! Calla, calla.

Laura — Llévalos a tu lado.

Isabel — Calla.

Laura — Vé por allos y vé ahora mismo.

(Pausa. Se levanta.)

Isabel — Iré.

Laura — ¿Ves como eres buena?

Isabel — Quiero serlo, y, a pesar de todo, lo he sido siempre. Y bien sabe Dios, que más que la voluntad de mi alma, me hizo serlo el temor de que un día fueran mis hijos los que me pidieran cuentas de mi vida.

(Laura la acompaña al foro. Vase Isabel. Por derecha, ALVARO.)

Alv. — ¡Laura!

Laura — ¿Eh? ¿Usted? ¿Quién le ha abierto?

Alv. — No he necesitado que nadie me abra. Conservaba la llave del despacho.

Laura — Váyase.

Alv. — Cuando usted sepa... Traigo una misión que cumplir.

Laura — ¿De Eugenio?

Alv. — De él no, pero por él.

Laura — Hable usted, diga, acabe pronto.

Alv. — ¿Le quiere usted aún?

Laura — ¡Alvaro!

Alv. — El respeto o la cobardía, o las dos cosas juntas, me han obligado a callar un día y otro y otro. Yo esperaba para sellar definitivamente mis labios, aun destrozándome el corazón, que la felicidad que usted merece llenase el suyo para decirme: no tienes derecho para turbar esa felicidad con tu locura; huye, vete, sepárate de ella, muérete o mátate, pero sin que ella lo sepa. Y esa felicidad no ha llegado...

Laura — Le he dicho...

Alv. No, no, déjeme usted hablar y no quiera negarme de su vida lo que yo he seguido paso a paso con el corazón. No ha llegado, no es usted feliz, no puede usted serlo con ese hombre.

Laura ¿Y quién es usted para hablarme así?

Alv. Un hombre que la quiere locamente, ciegamente, que no comprendió, que no supo comprender, cuando aun era posible, que usted sentía hacia él algo más que el afecto de una amistad, y que luego, cuando se dió cuenta, era usted ya de otro hombre que ha ultrajado todas sus delicadezas y ha ofendido todos sus sentimientos. Sí, Laura, sí; sépalo usted ya de una vez, aunque sea esta la mayor cobardía y la mayor infamia de mi vida. Eugenio no la quiere a usted, no la ha querido nunca, no la querrá jamás.

Laura ¡Mentira!

Alv. Mentira no, que esa palabra no sale más que de sus labios, pero en su corazón queda la otra, «verdad». Una verdad que usted misma cierra los ojos por no verla, pero que como la lleva usted en el alma, lacerándola y destrozándola, la siente usted. Usted se casó sin amor, por bondad de todos sus sentimientos de hija buena y noble; ese hombre o lo sabía entonces o lo supo después y en vez de enaltecer ese sacrificio supremo, lo creyó pagado. De ahí su abandono hacia usted, su humillación, su desprecio, la villanía de dejarse decir en el Casino o en el café, que viene a su casa como va a las casas de sus amantes...

Laura Llamaré que le echen a usted a la calle. Está usted ofendiendo a mi marido, a mi casa y a mí.

Alv. ¡Ofenderla a usted, cuando si no hubiera sido por eso, porque la ofensa de una sospecha no cayese sobre su honra, yo, con estas manos, hubiera abofeteado el rostro de ese...

Laura ¡Basta; he dicho que basta! No quiero suponer sino que un momento de locura le ha dictado a usted esas palabras, y espero no volverá jamás, jamás, a repetirlas. En cuanto a esa suposición de usted, esa suposición de mi cariño, ni ha existido nunca ni existirá.

Alv. Que no existirá, sí lo creo; me resigno a creerlo por ser usted demasiado honrada, pero que no ha existido... ¿Sería usted capaz de jurármelo sobre esa imagen que lleva en el pecho?

Laura ¡Alvaro! (Vencida, se deja caer sobre una silla y se cubre el rostro con las manos.)

Alv. Así, así; llámeme usted Alvaro y añada usted algo más, algo que sea como una compensación de este dolor sufrido en silencio; este dolor callado y triste que ha roto nuestras vidas y se goza en poner una lágrima y una pena en cada girón de ellas. Laura, es necesario que usted sepa una cosa horrible que justifica mis palabras. No sé cómo decir...

Laura ¿El qué? Acabe usted, por Dios.

Alv. ¿Pero es que no sabe usted nada? ¿No ha llegado a usted ninguna noticia?

Laura ¿De qué? ¿Le ocurre algo?

Alv. Yo creía... como es público... como la prensa...

Laura (Avanzando sobre la mesa.) ¿Eh? (Pretendiendo leer los periódicos, Alvaro se opone.)

Alv. No, no.

Laura Suelte usted.

Alv. Yo se lo diré... Anoche tuvo un duelo...

Laura (Con gesto de duda horrible.) ¿Ha muerto?

Alv. No, él no.

Laura Entonces...

Alv. Se ha batido con Rianzo, el comandante de Húsares.

Laura ¿Y está herido?

Alv. Sí, aunque levemente. Su adversario... ha muerto.

Laura ¡Ah!

(Lo tremendo de la noticia hace vacilar a Laura, que cae desmayada en los brazos de Alvaro.)

Alv. ¡Laura! ¡Laura! ¡Pobre víctima! ¡Pobre mujer! ¡Pobre corazón de mujer! ¡Laura! ¡Laura! Y qué hermosa está. Y qué pensamientos más canallas están pasando en este momento por mi frente. ¡No! ¡No!

(Llama fuerte al timbre varias veces. Entran DONCELLA y CRIADO.)

Criado Señor... ¿eh?

Alv. La señorita... Condúzcanla ustedes inmediatamente a sus habitaciones.

Donc. Pero...

Alv. ¡Vamos! ¡Obedezcan ustedes!

(Entre los tres la conducen por la izquierda a sus habitaciones. Por la izquierda, y precedidos de otro CRIADO, DOÑA CAROLINA, PEPITA y YOKO.)

Pep. Si duerme no la molesten. Esperaremos.

Car. ¿Está mi marido?

Criado No, señora; hace un momento que se fué. (Vase.)

Car. Habrá adivinado que venía y por no encontrarme...

Pep. ¡Pobre Laura!

(Se sientan)

Yoko Yo comparesco siempre a la mujer que es víctima del mariro.

Car. Sí, sí; créalo usted, amigo Yoko. Las víctimas del matrimonio somos dignas de compasión. Aquí me tiene usted a mí casada con un hombre que es una perfecta calamidad. Diga usted lo que sería de mi casa si no fuera porque estoy siempre pendiente de todo. Y es que de los hombres es imposible fiarse... y usted perdone el agravio al sexo.

Yoko De nada, señora.

Pep. Mamá, por Dios, cualquiera que te oiga.

Car. Pero como no me oye nadie.

Yoko Yo escucho a usté siempre con atención.

Pep. Sospecho, mamá, que no debe saber Laura nada todavía. Hay una tranquilidad en la casa...

Yoko Pero, ¿el duelo fué a muerte? Disen que hubo una soberbia estocada.

Car. Yo lo he sabido por la Secretaria de la Junta. Creo que Serrano está herido en un brazo y Rianzo, muerto.

Yoko ¡Qué horrible!

Pep. Y sobre todo ¡qué escándalo! porque no me negaréis que al conocerse la noticia el escándalo va a ser...

Car. Mayúsculo. Dos personajes de la altura de Serrano y Rianzo, dos caballeros, batirse por una cupletista que en el salón más soez de Madrid canta los más procaces cuplés. ¡Es indigno!

Pep. Y lo peor no es eso, sino que dicen que Serrano se negó a venir a su casa herido y está en casa de ella.

Car. Indigno, indigno.

Yoko Lamentable, más que indigno lamentable.

Pep. Sobre todo por la pobre Laura.

Car. Es verdad; otra en su caso no hubiera resistido tanto. Lo menos que hubiera hecho es corresponder a la traición del marido.

Pep. A Laura no se le ha conocido ningún flirt. Y no es que el flirteo sea pecaminoso, porque ahí tienes el caso de Isabel Altasierra. Todos saben que Jaime la asediaba y ella se dejaba querer, pero nadie puede decir nada. Claro que de Isabel a Laura va mucha distancia.

Car. Sin embargo, también se ha dicho que Laura y Alvaro ..

Pep. ¡Mamá!

Yoko Respondo por Alvaro. Es un caballero.

Car. Se dijo, se dijo; no es que yo diga nada ni haya visto nada, pero se dijo, y luego, la salida de Alvaro de la casa y de la secretaría de Serrano por algo sería.

Pep. ¡Mamá!

Car. Repito lo que dicen. Yo no he visto nada todavía. Y si hubiera pasado lo disculpo.

(En este momento sale ALVARO con el cabello un poco en desorden, por primera izquierda.)

Pep. ¡Alvaro!

Car. ¿Eh?

Alv. Perdonen ustedes... No sabía que estaban. La pobre Laura, al conocer la noticia del duelo...

Car. ¿Lo sabe ya?

Alv. Sí.

Car. ¿Por usted? (Con marcada intención.)

Alv. Era necesario que alguien se lo dijera. Temí que la indiscreción en el modo de decírselo...

Car. Sí, sí, comprendido.

Alv. Con permiso de ustedes voy a dar órdenes para que avisen al médico.

Pep. ¿Pero se ha puesto mala?

Alv. Un desvanecimiento.

Car. (Levantándose.) Voy a verla.

Alv. No hace falta, viene hacia aquí.

(Vase por primera derecha Alvaro.)

Pep. Estaban solos en la casa. ¿Has visto, mamá?

Car. Ahora sí he visto algo.

Pep. Y tú, Yoko, ¿te convences? ¿Qué dices a esto?

Yoko — Nada, yo no digo nada; siempre en estos casos me acuerdo de la leyenda japonesa. Eran tan frágiles, tan frágiles las muñequitas de papel.

(Por la izquierda, LAURA con abrigo y un velillo en la mano.)

Pep. — Laura.

Laura — (Extrañada al verlos.) ¡Ah, hola!... ¿Son ustedes? Siempre tan buenos, tan cariñosos conmigo. (Yendo al timbre. Llama.) Dispensen un momento.

(Entra la DONCELLA.)

Laura — El coche.

Donc. — Pero, ¿va a salir la señorita?

Laura — ¡Vaya usted!

(Vase Doncella.)

Car. — (Yendo hacia Laura.) Laura, hija mía, ¿qué vas a hacer?

Laura — ¡Qué he de hacer! No saben que está Eugenio herido, que se ha batido esta madrugada. ¿Quién debe estar a su lado más que yo?

Pep. — ¿Tú?

Laura — Yo, sí, yo. ¿O es que yo tampoco tengo derecho para estar al lado de mi marido?

Car. — Ya lo traerán a casa, mujer; no te impacientes.

Yoko — Creo firmemente que no debe usted salir así en ese estado.

Laura — No, no; yo les agradezco a ustedes la intención. Claro que es por evitarme el disgusto de verlo herido, pero sabiéndolo ya todo como lo sé...

Car. — De ninguna manera. No sales de casa.

Laura — Carolina, por Dios, que así la angustia es mayor.

Pep. — Puedes tranquilizarte, no ha sido nada.

Laura — ¡No ha sido nada y hay un hombre muerto!

Car. — Pero la herida de Eugenio es leve.

Pep. — Lo sabemos por uno de los padrinos.

Laura — Sin embargo, yo debo ir.

Car. — Comprende que cuando nosotras te decimos que no, por algo será. ¿Qué se diría hoy en todo Madrid? Que una señora, toda una señora, Laura Altasierra, había acudido a casa de una...

Laura — ¿Eh? ¿Pero dónde está mi marido?

Car. — En casa de ella.

Laura ¿De ella? ¿De quién?

Car. ¡Ah! Pero... ¿no lo sabías?

Pep. ¡Qué indiscreción!

Yoko Laura, Carolina ha sufrido una pequeña equivocación.

Laura No, no traten ustedes ahora de negarlo. Yo les suplico, yo les ruego, les exijo que me digan dónde está Eugenio; qué casa es esa donde yo no puedo ir ni aun a ver a mi marido enfermo, y qué mujer es esa por la que sin duda ha sido el duelo, díganmelo. Si ya no pueden hacerme más daño con la verdad que con la misma sospecha.

Car. Tienes razón. Si lo sospechabas y has de saberlo, sábelo de una vez. Serrano está en casa de su amante, de una de esas amantes, la cupletista esa que trae escandalizado Madrid.

Laura ¡Ah! (Rompe a llorar.)

Car. Bah, tranquilízate, cálmate. No merece él ni una de esas lágrimas.

Laura Ahora no son por él, Carolina, son por el dolor de toda mi vida rota; por el callar de tantas noches con la esperanza de una noche o de un día en que pudiera creer en él; son por el sacrificio que no ha comprendido nadie, que no ha sabido nadie y en el que yo he puesto mi corazón entero destrozándolo y aniquilándolo.

Pep. No te excites, mujer, cálmate.

Car. Tiene razón Pepita, cálmate. Después de todo, más vale que el herido haya sido él que no el otro.

Laura ¿Quién?

Car. Alvaro.

Laura ¿Eh?

Car. Si hubieras visto la cara de angustia que sacó de tu cuarto.

Laura Luego ustedes creen que Alvaro...

Car. No sospechamos nada que sea indigno de ti; suponemos que entre vosotros haya un afecto cariñoso, respetuosamente cariñoso...

Laura Y ese afecto respetuosamente cariñoso que ustedes suponen, ¿lo supondrán todos, verdad?

Pep. Como sería una cosa tan natural...

Laura (Con gesto de suprema angustia.) ¡Ah!

Car. Vuelvo a repetirte que no hay sospecha de ninguna indignidad; te conocemos demasiado y sabemos demasiado quién eres.

Laura Gracias, muchas gracias.

(Entra la DONCELLA.)

Donc. El coche está esperando, señorita.

Laura Está bien.

(Vase Doncella.)

Car. ¿Te obstinas en ir?

Laura Sí, a pesar de todo es mi marido, y yo, en mí misma, con la fe que me da una honradez de toda la vida, creo que esté donde esté, puedo estar a su lado.

Pep. Como quieras.

Car. No insistamos más; celebraremos que no sea nada lo de Eugenio, y adiós.

Laura Adiós, señora.

Pep. Adiós, Laura; yo sí insisto en que no debes ir.

Laura Y yo en que sí.

Pep. Si quieres, que te acompañe Yoko.

Laura Gracias. Puedo ir sola.

Yoko Yo la compadezco a usté profundamente, sinceramente.

Laura Gracias, Yoko.

Car. (Aparte a Pepita, yéndose.) Lo siento por ella, y porque desde hoy tenemos una amiga menos y una casa menos donde se pueda estar *dignamente*. ¡Oh, qué mundo, qué mundo!

(Vanse por izquierda.)

Laura ¿Valdrá la pena de ser honrada, puramente honrada, toda una vida, cuando esa vida está a merced de gente como ésta?

(Por primera derecha ALVARO.)

Alv. Ya está avisado el médico, Laura. ¿Se siente usted mejor?

Laura Sí.

Alv. ¿Quiere usted que me espere a que venga o que me vaya?

Laura Váyase usted, Alvaro; por segunda vez me veo obligada a repetirle esa palabra: «váyase».

Alv. Será la última. Hace tiempo que tenía proyectado un viaje a América. Lo he demorado siempre por mil causas, pero ya no tengo otro remedio que marcharme. Quería no haber ido solo, y ha de ser así.

Laura Hace usted bien.

Alv. ¿En irme?

Laura En irse y en ir solo.

Alv. (Suplicando.) ¡Laura!

Laura ¿No sabe usted lo que piensa la gente, lo que acaban de decirme estas señoras?

Alv. Me lo figuro. También entre mis amigos, los que se dicen mis amigos, corre el rumor. Por evitarlo, por usted más que por mí, he decidido este viaje.

Laura Gracias. Sabrá usted igualmente dónde está mi marido a estas horas.

Alv. Creo que... en un... salón del Casino.

Laura No finja usted. Está en casa de ella; me lo han dicho también... esas señoras. Usted, que debía ser mi amigo, lo sabía y calló por no ofender mi dignidad de mujer honrada: ellas, que me deben gratitud y consideraciones, no las han tenido para mí. ¡Dios se lo premie! (Pausa.)

Alv. Y ¿a dónde iba usted? ¿A verle?

Laura Creo que es mi deber.

Alv. ¿A pesar de todo?

Laura A pesar de todo. (Pausa.)

Alv. ¿Me permite usted, por única vez, por última vez, que le pida una promesa de esperanza, sólo una promesa?

Laura De afecto, de amistad, de cariñosa gratitud, siempre, Alvaro.

Alv. ¿Y de amor?

Laura (Enérgicamente.) Váyase.

Alv. Pero, ¿usted cree, Laura, que por muy hondos que estén en su corazón los respetos a lo instituído, a lo santificado, a la moralidad absurda de un vínculo que no existe, puesto que él lo rompió con su abandono y su conducta, de más hondo no ha de salir a sus labios el grito de vida y de paz que está pidiendo su juventud? ¿En qué libros, en qué doctrinas, con qué leyes se manda que viva eternamente encadenada a una humillación constante la mujer a quien la desgracia deparó un marido indigno, desleal, infame? ¿Es que ha de estar sujeta usted por toda la vida a ese hombre que continuamente ha de ser su martirio y su oprobio y su cruz? Valor, Laura, un instante de valor. Y si aquí no puede usted reclamar el derecho a su felicidad y vivir su vida, huyamos

lejos, muy lejos, a otro mundo y a otras tierras, donde nadie sepa quién es usted ni quién soy yo, y donde no se nos diga al vernos pasar sino: «¡Ahí va un hombre y una mujer que se aman y son felices!» ¡Laura! ¡Laura!

Laura — No.

Alv. — ¡Laura!

Laura — Nunca, nunca.

Alv. — Sea como usted mande. Mañana saldré de Madrid y dentro de unos días de España. Permítame usted que recoja del despacho de su marido unos papeles míos que olvidé.

Laura — Cuando usted quiera.

Alv. — Ahora mismo. (Vase Alvaro por segunda derecha. Laura queda abatida sobre un sillón.)

Laura — ¡No puedo más! ¡No puedo más!

(Por izquierda MANOLONA, que al verla corre a ella.)

Man. — ¡Niña! ¡Niña mía!

Laura — ¡Mi Manolona, viejecita mía! ¿Qué he hecho yo para ser tan desgraciada?

Man. — ¿Sabes ya la noticia?

Laura — Sí, sé que se ha batido por otra mujer, que ha matado a un hombre.

Man — Matado, matado, que así dice todo el mundo; que no se habla de otra cosa y que los papeles vienen llenos de eso.

Laura — Y sé también que está en su casa, en la casa de ella, que la ha preferido a la suya.

Man. — ¡Pobre niña mía!

Laura — Y no es eso sólo lo que me angustia, lo que me apena. Es que Alvaro... ¡se va!

Man. — ¿De aquí?

Laura — Se va para siempre; y lo más triste es que se lleva la convicción de que yo no le quiero, y tú sabes, viejecita de mi alma, abuelita mía, que ha sido él el único, el más grande cariño de mi vida.

Man. — ¿Y por qué se va? ¿Por qué no espera a ver si se muere ese otro condenado, que maldita la hora que pisó la casa, y Dios me perdone?

Laura — Porque sufre mucho esperando; porque es joven y quiere vivir y quiere ser feliz; porque es honrado y es noble y no quiere manchar mi dignidad y mi honra. Y eso que

hace un momento, loco ya de amor ante mi negativa, jugándoselo todo me pedía con toda su alma que huyera con él.

Man. ¡Válgame Dios!

Laura ¡Ay, Manolona! ¡Válgate Dios, no; válgame a mí que a punto estuve de pasar por todo y huir con él!

Man. ¿Qué dices?

Laura La verdad, la única verdad de mi alma y de mi vida.

Man. Y alguien debió oírtela, y alguien debió correrla por ahí, porque ¿sabes lo que dicen en todas partes, en el mercado y en la tienda, y hasta en casa de don Justo el coronel donde fuí a ver si sabían algo del señor?

Laura ¿Qué dicen?

Man. Pues que el señor don Eugenio se ha batido con el Comandante porque dijo que don Alvaro y tú...

Laura ¿Eh?

Man. Y todo el mundo está creído que los dos tenéis la culpa del duelo.

Laura ¡Oh! ¡Qué infamia!

Man. Y a dos mujeres he tenido yo que pararles la lengua, porque no quieras saber lo que decían de ti.

Laura ¿De mí?

Man. De doña Laura de Altasierra, que nunca pronunció más gente el apellido de esta casa que ahora para deshonra de todos.

Laura ¡Mi honra por el fango, mi nombre de boca en boca por el arroyo! ¡Esa es su obra! Y aún creéis todos, y aún creo yo misma, que es lo más cruel, que he de seguir respetándole y obedeciéndole y viviendo a su lado... ¡No, no, no! (Cogiéndola de un brazo.) Ven, ven acá y repíteme, qué, qué dice la gente, que Alvaro, Alvaro y yo.. ¿es eso? ¿es eso? ¿Sí? ¿Sí? (Yendo hacia la puerta, gritando.) ¡Alvaro! ¡Alvaro!

Man. Niña, ¿qué haces?

Laura ¡Alvaro!

(Sale ALVARO que queda en el mismo dintel.)

Alv. ¿Llamaba usted, Laura?

Laura Sí. (Haciendo un supremo esfuerzo.) No se vaya usted solo. Se lo ruego.

Alv. ¿Usted? (Yendo hacia ella y cogiéndole las manos.) ¿Tú?

Laura (Firmemente.) ¡Yo! (Deja caer la cabeza en el hombro de Alvaro que la ampara con su mano de hombre leal y bueno. La vieja Manolona dibuja en su rostro cansado y opaco un gesto de asombro, gesto tal que no acierte a expresar si aprueba o maldice aquel arranque de amor más fuerte que la honra y que la vida. Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

Tacita de plata.—Revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, con música del maestro Julián. Teatro de Verano. Cádiz.

Riberica abajo.—Sainete en un acto, inspirado en una copla popular. Teatro Circo. Cádiz.

Amoríos.—Entremés en prosa. Teatro Principal. Cádiz.

La detective.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Ramón de Julián. Teatro de Verano. Cádiz.

El tren que vuelve.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Circo. Cádiz.

Del huerto vecino.—Comedia en un acto y en prosa. Teatro Cómico. Cádiz.

Luna de Mayo.—Monólogo en verso. Teatro Principal. Cádiz.

El tren de los sueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Alvarez Quintero. Madrid.

El mentir de los viejos.—Sainete madrileño en un acto. Coliseo Imperial. Madrid.

Las fraguas.—Comedia dramática en dos actos y en prosa. Coliseo Imperial. Madrid.

Fatalismo.—Drama en un acto (Gran Guiñol). Coliseo Imperial. Madrid.

Alma de apache.—Drama policíaco en tres actos. Teatro Nuevo Apolo. Madrid.

La moza del llano.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Casta de ruines.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

La mujer espía.—Comedia en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Las Espinacas.—(Consecuencia de «Los Gabrieles») en dos actos y en prosa. Teatro Infanta Isabel. Madrid.

Ensueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Lara. Madrid.

La cogida del «Castizo».—Sainete madrileño en dos actos, en colaboración con Angel Caamaño. Teatro Cómico. Madrid.

El amigo Carvajal.—Juguete cómico en dos actos, en colaboración con Ricardo González del Toro. Teatro Lara. Madrid.

El hijo del otro.—Momento escénico en un acto. Teatro de la Comedia. Barcelona.

Rosas de pasión.—Romance de amor en tres actos y un prólogo, en prosa. Teatro Eldorado. Barcelona.

Agüita de Mayo.—Entremés en prosa. Teatro de la Comedia.

Muñecas de papel.—Comedia en tres actos y en prosa. Odeón. Madrid.

Precio: DOS pesetas.